

The background is a painting of a forest at night. The trees are dark and dense, with some light filtering through the canopy. In the foreground, there is a wooden fence made of vertical posts and horizontal rails. A path or clearing is visible in the lower part of the image, with some small flowers or plants. The overall mood is mysterious and serene.

Daniela Albarrán

La ciudad se camina de noche



DANIELA ALBARRÁN (Toluca, 1994). Es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM. Ha participado en diversos congresos nacionales de literatura y publicado cuentos en *Monolito*, *grafógrafxs* y *Castálida*. Escribe la columna dominical Post it en *Viceversa Noticias*.

**LA CIUDAD
SE CAMINA DE NOCHE**

Daniela Albarrán

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

**LA CIUDAD
SE CAMINA DE NOCHE**

COLECCIÓN INVITACIÓN AL INCENDIO DE NARRATIVA 2

grafógrafxs



grafógrafx

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA

Carlos Maldonado

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Ítaca te brindó el espléndido viaje.

Sin ella no te habrías puesto en camino.

No puede ofrecerte nada más.

Y si pobre la encuentras, Ítaca no te engañó.

Con la sabiduría que has alcanzado, con tu experiencia,

ya habrás comprendido qué significan las Ítacas.

C.P. CAVAFIS

¿De qué me sirve salir de esta inmensa ciudad

si de quien pretendo huir seguirá dentro de mí, y eres tú?

LOVE OF LESBIAN

I

ULTRAVIOLADO AMOR

*Hasta que el segundo día apareció Lolita, la hija de
Severo. Era para nuestra mentalidad nórdica casi una
niña [...] Pero no fue sólo su belleza la que me cautivó,
sino el halo de misterio que emanaba, sobrecogedor,
como un enigma en las noches de luna.*

HEINZ VON LICHBERG

Te encuentras en tu despacho revisando los pendientes de la semana. Escuchas a lo lejos el sonido del tren. Se rompe tu concentración. Estás sentado detrás de tu escritorio. Tomas una Coca Cola como desayuno. Tu secretaria entra e interrumpe tus pensamientos, aunque en realidad no estás pensando en nada, sólo aspiras el frío de la mañana.

—Jefe, la encontraron, pero muerta; la encontraron ayer cerca del Río Lerma. Aún no recogen el cuerpo. ¿Quiere que vayamos a la escena?

—No lo sé, Paty. Tengo varias cosas que hacer, no sé si me dé tiempo de ir, está algo lejos.

Hacía mucho tiempo que no te llegaban casos de asesinatos. Recuerdas los esfuerzos que todo el gobierno ha realizado para eliminar la delincuencia, la droga, los asesinatos, los feminicidios, pero antes de que todo comenzara o terminara, no sabes qué verbo emplear, la ciudad estaba deshecha, las calles parecían cementerios, por los cuerpos tirados en las aceras. Ahora todo parece diferente.

—Oiga, jefe, los peritos me acaban de decir que todo es inusual, la chica no presenta ni rasgos de tortura, ni mucho menos sangre. No saben bien cómo la mataron, sólo sabemos que el cuerpo está en perfecto estado, tiene la ropa intacta, y la encontraron acostada sobre una cama de mariposas muertas.

Hace mucho que no investigamos un feminicidio, aun así, siento que es inusual, hace años las violaban, las torturaban y luego las mataban; a esta niña pareciera que la trataron bien.

—No hay por qué preocuparse, Paty, con el sistema de video que tiene la ciudad no tardaremos en dar con el asesino, tenlo por seguro; pero para que estemos tranquilos, vamos a echarle un vistazo a la chica de las mariposas.

—Aún no recogen el cuerpo, les llamaré para decirles que no alteren la escena.

—Sí, Paty, por favor, diles que no toquen nada y que aún no la levanten. Mientras, recogeré el equipo.

Recoges de tu oficina el material que utilizabas cuando tenías que resolver un crimen. No recuerdas la última vez que visitaste una escena. La bolsa está sucia y las herramientas, oxidadas. Desempolvas todo, también tus recuerdos.

—Sí, jefe —contestó Paty cuando iba saliendo de la oficina de Fernández.

Mientras apuraba el último trago, Fernández no podía dejar de pensar en la buena cogida que le había dado a su esposa en la mañana. Ya llevaban quince años de casados, pero Maribel le seguía gustando mucho; no era su cuerpo, que ya estaba entrado en carnes, sino, tal vez, la manera en la que olía o la manera en la que gemía cuando estaba sobre ella. A Fernández se le empezó a poner dura, y salió de su ensoñación. Tenía un cadáver que ver.

Cuando llegas a la escena ves el cuerpo de la chica y no puedes creer que esté muerta; parece estar en un sueño muy

profundo, incluso todavía tiene color en las mejillas. Sientes una punzada de deseo. Sabes que a veces esas cosas pasan, que en ocasiones los cadáveres provocan eso, aunque esta vez sientes un deseo enfermizo que te hace voltear el rostro de inmediato.

—¿Cómo pasó?, ¿qué tenemos?, ¿cuál fue la causa de la muerte?

—Aún no lo sabemos. Íbamos a proceder a recoger el cuerpo cuando Paty nos pidió que lo esperáramos. Lo único que sabemos con certeza es que su cuerpo no presenta signos de tortura, ni mucho menos de violación por ningún orificio. Ya la vio, estaba muy joven, era una niña y además muy bonita.

—Así es, Pablo —le contestó Fernández—. Es muy bonita, aunque no deberías estar viendo lo bonito que son los cadáveres, ponte a trabajar.

Fernández ya se iba, pero se regresó.

—Oye, Pablo, ¿por qué crees que el asesino la acomodó así?

—No lo sé, jefe, pero parece que mató a muchas mariposas para poner a la niña en el lecho. Vea las mariposas, todas de colores.

En ese momento Pablo sacó las fotos reglamentarias, las que utilizaban como pruebas para mandar a la prensa, en el mejor de los casos, aunque la realidad es que la mayoría sólo se quedaban en el archivo.

—Pablo, cuando termines me las pasas por favor, las quiero impresas, las mariposas me causan mucho ruido.

—Sí, jefe, cuando las revele se las dejo en su escritorio.

Este asunto te hace pensar en todos los casos de asesinatos que te llegaban hace tantos años. Ahora, aunque quieran maquillar las cifras y te quieras engañar, aún aparecen personas asesinadas, menos que antes, pero aparecen. Sientes que este caso podría ser distinto, que existe un móvil, una razón. La frente te brilla de sudor y las manos te tiemblan, estás emocionado.

Desde sus tiempos de estudiante de criminología había sentido la excitación por encontrarse con algo parecido, un caso así. Desgraciadamente, durante su carrera como funcionario público le habían tocado pocos casos de asesinatos que en realidad requirieran una investigación. Los muertos eran de calle, gente que se peleaba, violaciones, pero no un asesino que intentara realizar un *performance*.

Las mariposas estaban perfectamente acomodadas, simulando una cama; eran de diversos colores y, aunque estaban muertas, no habían sido mutiladas. El asesino tuvo que haberlas matado de alguna forma en la que no comprometiera el cuerpo. Sí, el cuerpo, pensó Fernández, en este caso el cuerpo debe ser sustancial. Por un momento se sintió frente a un caso holmesiano, y supuso que allí, en la escena del crimen, debían estar las pistas para dar con el asesino.

—Pásenme las pinzas, los guantes y una bolsa de plástico —ordenó Fernández.

Te pones los guantes de látex y comienzas a observar la escena. Intentas recordar tus clases de criminología en la universidad. No puedes apelar a tu experiencia, pero sí a tu instinto.

—Ya recogieron todas las pruebas, jefe, ya no va a encontrar nada —le indicó un perito.

—No estés tan seguro. A ver, mejor dame también la cámara.

Le colocó un macro con la esperanza de que el lente le permitiera ver algo que su mirada no percibía. Recorrió toda la escena. Vio las mariposas, de las cuales seguramente ya habían recogido muestras. Algo, tiene que haber algo. Tus ojos se detienen en un elemento que a todos tus peritos se les ha pasado: debajo de las alas de una mariposa ves un palito de paleta. Tomas las pinzas y lo recoges con cuidado. Lo guardas en una bolsa de plástico y la cierras.

—Miren, ¿cómo pudieron pasar por alto esto?

Sus compañeros lo vieron de reojo. Roberto, el perito en jefe, le contestó que no lo habían visto, y, en tal caso, podría ser basura que ya se encontraba mucho antes del crimen.

—No, no, no lo creo, mira bien. El palito parece reciente, está blanco y arriba tiene restos de dulce. Llévalo al laboratorio y que lo examinen. Debe de tener una huella o algo.

Subes a tu camioneta y comienzas a manejar. ¿Por qué te mataron?, preguntas. Prendes un cigarro y enciendes la radio. La música no te hace pensar mejor, pero sí, olvidar un rato. Sientes los músculos de la espalda hechos nudos. Te estiras en el asiento. Quieres mover las piernas; no puedes y los músculos de tu cara te duelen de tanto gesticular la frente.

Cuando entras a la Fiscalía te sientes a salvo. No es que te encante el edificio donde has trabajado durante muchos años,

sino que al menos te sientes lejos de los periodistas que están siempre afuera, como animales carroñeros, como garrapatas que se pegan a tu propia suciedad.

Las fotos te llegan sin tardanza. Paty entra a tu oficina y te entrega un sobre marrón. Por precaución y seguridad, te pones los guantes de látex que guardas en el cajón izquierdo de tu escritorio. Nunca te confías. Abres el sobre, extraes una foto de la niña e intentas entender por qué acomodaron su cuerpo sobre un lecho de mariposas. Lo primero que te preguntas es cómo diablos este maldito pudo matar tantas mariposas y qué es lo que quiere decir. Ciertamente los estudios resultan algo tardados, de algunos días, incluso, pero confías en que esa misma semana tendrás alguna pista. Eso, una pista, una pista es lo que necesitas. El palito y las mariposas; este asesino seguro quiere decir algo. ¿Qué puede ser? Esa precisamente es la labor que les corresponde, a ti y a todos los que trabajan en investigación, pero tienes la certeza de que desde hace mucho no hay nadie dentro de tu equipo que realmente sea competente para esa tarea.

Evidentemente era un caso inusual. Por regla general los asesinos llevan a sus víctimas a lugares alejados y avientan el cuerpo, así, sin remordimiento alguno; pero este tuvo que haber matado a las mariposas, cargarlas y acomodarlas como una cama para después colocar el cuerpo.

—¡Paty! —le gritó el comandante a su secretaria—. Por favor, cuida mucho que de este caso no salgan detalles a la

prensa. Monitorea Facebook, periódicos, redes sociales, y llama a la policía cibernética para que eliminen todo lo que pueda salir a la luz. Este es un caso que me interesa mantener oculto, por lo pronto.

Desde hace muchos años no había un feminicida suelto, pero aun así le preocupaba la movilización de la sociedad, que cada vez se organizaba más y peor; eran aguerridos e incluso se ponían violentos, porque desde hace algunos años estaba prohibido realizar marchas y taparse el rostro. Ahora lo seguían haciendo, pero como sabían que era un delito, no les importaba nada, quemaban todo a su paso.

Abrió un archivo en una aplicación de su celular. Cuando le interesaba algún caso, hacía notas. Tomó varias fotos a las imágenes que le enviaron, para tener una copia a la mano. Presentía que este no sería el primer asesinato con características parecidas.

Desde que eras un niño y leías Sherlock Holmes soñabas con que en algún momento de tu vida te convertirías en un detective como él. Te encantaba la idea de estar rodeado de un montón de pruebas que a todos se les escapaban de la mira; sin embargo, tú, con tu gran inteligencia, podrías resolver sin ningún problema el misterio. Si bien no creías en el “arte de la deducción”, sí sabías que gran parte de una investigación así está llena de situaciones muy obvias, no tan deductivas, pero sí muy parecidas al método científico. Lo primero era observar.

Observó las fotografías. De repente recordó el cuerpo, el cuerpo de la niña. ¿Qué tenía esa niña que no tuvieran otras? ¿Por qué la eligió a ella?

—Paty, oye, por favor, ven. Tráeme todos los archivos que tengas de este caso. Necesito saber quién era esta niña, dónde vivía, quiénes eran sus padres, todo, absolutamente todo.

—Híjole, jefe, ahí sí que le voy a quedar mal. No tenemos esa información. Aún no. No sé. ¿Quiere que mande a alguien a investigar con sus padres?

—De verdad que todos ustedes son unos ineptos —vociferó Fernández.

El comandante decidió que la investigación la realizaría él mismo, no necesitaba a los estúpidos de su equipo para efectuar ese trabajo. Sin contar que además de que eran en su mayoría unos inútiles, como bien lo había dicho, ese día ya era muy tarde para investigar nada. Aun así, comenzó a escribir cómo iba a proceder más adelante. Abrió de nuevo la aplicación de su celular, la sincronizó con su ordenador y empezó a anotar:

¿Quién era esa niña? ¿Por qué la mató? ¿Qué tienen que ver las mariposas? ¿Será un mensaje cifrado?

Fernández decidió concentrarse en responder la primera pregunta. Por regla general, los asesinos premeditaban su crimen con una investigación muy concienzuda. Si este caso era así, entonces la niña debió de tener algo que el asesino quería. Estaba seguro de que ya no había nada que hacer con las fotos de los peritos, había visto con minucia cada uno de los elementos.

De pronto, se le ocurrió una idea que tal vez había pasado por alto.

La primera fotografía que sacó del sobre marrón le llamó la atención. ¿Habría sido porque el fotógrafo era muy bueno? Descartó esa idea, la fotografía era muy sencilla, lo que llamaba la atención era la composición del crimen. La niña ni siquiera parecía muerta y la escena del crimen se asemejaba a una pintura.

Paty entró a la oficina de su jefe y Fernández tuvo que romper sus pensamientos.

—Hasta mañana, jefe. Descanse.

—Hasta mañana, Paty.

Fernández ya se había acostumbrado a que todo el mundo le dijera “jefe”, pero él en muchas ocasiones les había pedido a todos los que trabajaban en su departamento que lo llamaran por su nombre de pila: Desiderio.

Cuando eras niño tus compañeros se burlaban de tu nombre. Desiderio es un nombre poco común, jamás te has encontrado con otra persona que lleve el mismo nombre de pila, y aunque tus amigos te hicieran burla, tú te sentías orgulloso, pues pensabas que tu nombre te daba la fortaleza que a veces a tu carácter le faltaba. Sin embargo, pocas personas te llaman así, sólo tus padres; tus amigos te decían Desi, pero eso a ti te parecía ridículo, así que te acostumbraste a que en el departamento te llamaran Fernández.

Fernández salió de su oficina y se fijó en un detalle que jamás había visto: en el escritorio de Paty, medio escondido, salía

la solapa de un separador; era amarillo, de la librería Gandhi, y rezaba “te conviertes en lo que lees”. A Fernández le gustó la frase y se lo guardó en el bolsillo. Aunque leía poco, al lado de su mesita de noche reposaban algunos libros, sobre todo de poesía. A veces los repasaba, principalmente cuando le costaba conciliar el sueño y su esposa ya estaba profundamente dormida.

Cuando llegó a su casa, saludó a su esposa y disfrutaron de la cena. Fernández no había comido nada en todo el día, pero como estuvo tan absorto en sus pensamientos, no se había percatado de ello. Comió pollo en adobo. Una de las razones por las cuales su matrimonio había funcionado era que Maribel cocinaba muy bien. Era de lejos una chef; su comida era rica o tal vez Fernández ya se había acostumbrado a su sazón. Sea como fuere, él disfrutaba la comida de su esposa y más su compañía.

Sus amigos de la universidad se casaron casi a la misma edad que él, sin embargo, los años o la desidia habían acabado con sus matrimonios. Fernández se sentía afortunado de tener a Maribel y de que su matrimonio fuera tan estable. Maribel pensaba que el éxito de su matrimonio se debía a que en ningún momento habían planeado comprometerse con un hijo. Maribel era muchas cosas, pero maternal no era un adjetivo con el cual se le podría identificar. Tanto Fernández como Maribel estaban de acuerdo sobre las políticas paternas del régimen izquierdista que se había impuesto en México hace cerca de una década, pero muchas personas se las habían pasado por el arco del triunfo, como una de sus amigas de la universidad,

Rosaura, pues, a pesar de que sólo se permitía tener un hijo por pareja, ella y su marido habían tenido tres, lo que provocó que el gobierno no les pasara la pensión mensual establecida para todos los niños. La precariedad económica en la que vivían los llevó a que su matrimonio fracasara.

—Te veo cansado y pensativo. ¿No me quieres decir en qué andas?

—Ay, Maribel, no lo sé. Hoy encontraron a la niña que te dije que estaba desaparecida.

Ella se quedó pensativa unos segundos, sopesando las palabras que diría.

—¿Qué saben del caso?

—Es una niña de doce años que desapareció hace un par de días. Ayer por la noche la encontraron y hoy fui a ver la escena del crimen y también su cuerpo. Este caso es diferente, Maribel, lo presiento.

—¿A qué te refieres con diferente? ¿La violaron, la torturaron? Desde que se legalizó la inyección que los pone en estado vegetativo se la piensan dos veces antes de matar a una mujer. Creo que, aunque es grave la situación, es muy probable que pronto encuentres al asesino.

—No, a esa niña no le hicieron nada de eso; la mataron, sí, pero aún no sabemos cómo, y lo que realmente me preocupa no es el cómo, si no por qué la mataron. Presiento que el asesino tuvo un móvil, aunque no sé cuál fue, porque no la violó ni la torturó. Al contrario, parecía como si la hubiera matado con muchísimo cuidado.

Maribel soltó una risotada.

—¿Cómo vas a decir que alguien mató a una niña con muchísimo cuidado? Es ridículo, absurdo. Un asesino es un asesino y punto.

—Sé que es un asesino, pero no me estás entendiendo. Lo que te estoy intentando decir es que se trata de un asesino distinto. Mira, hace unos años me llegaban casos de criminales que lo único que pensaban era matar o, peor aún, que ni siquiera era su intención matar. Este es distinto, porque este asesino lo planeó, y lo planeó durante mucho tiempo. Eso no es normal, las muertes de niñas y de mujeres solían ser porque estuvieron en el lugar equivocado en el momento equivocado, sin embargo, en esta ocasión no, fue todo minuciosamente planeado. Fernández sacó su celular y le enseñó a Maribel las fotos que había tomado en la tarde.

La cara que puso Maribel al ver las fotos fue de sorpresa.

—¡Dios mío!, ¿qué es eso en lo que la chica está acostada? —preguntó.

—Son mariposas. El asesino la mató y después puso su cadáver sobre muchas mariposas muertas. Lo extraño aquí es que se tomó la delicadeza de colocar el cuerpo sobre un lecho.

—De verdad que la gente está completamente loca. ¿Cómo pudo haber matado a tantas mariposas? Ellas qué culpa tenían, y por qué poner el cuerpo sobre eso.

Fernández sabía que su esposa podía ayudarlo. Aunque ella no estudió criminología, poseía una intuición que a veces a Fernández le asustaba.

—Esto tiene que ser un mensaje, un caso aislado —pensó en voz alta Maribel.

—Exactamente. Temo que el asesino volverá a actuar. Estoy seguro de que va a intentar matar a otra persona o sabe dios a cuántos más antes de que logre atraparlo.

Esa noche intentas dormir, pero no lo logras. Ves a Maribel al lado de tu cama y escuchas sus ronquidos. La volteas para que se sienta más cómoda. Das vueltas en la cama, comienzas a sudar, sabes que no vas a poder dormir. ¿Desde cuándo comenzó el insomnio? Es una pregunta que te has hecho los últimos años de tu vida y no encuentras una respuesta. ¿En qué momento fue? Dicen que sólo los que tienen el alma tranquila pueden conciliar el sueño. Ves a Maribel y la envidias. Lo que darías por dormir como ella, de un tirón y tantas horas como quiere, pero eso es imposible para ti. Debajo de tus ojos hay manchas oscuras. Tratas de llorar porque así a veces te duermes, pero esta vez no salen las lágrimas. Intentas masturbarte, pero tu mente no permite que te concentres. Estás tan cansado, tan aburrido. Cuando no puedes dormir ni siquiera puedes leer o prender la tele. Tu cuerpo está cansado, tus ojos te arden, has intentado hacerlo todo, has visto terapeutas, tomado pastillas, gotas, chochos, nada puede contra el insomnio que te cargas, lo único que puede hacer que te duermas es salir a caminar cada noche.

II

CASTIGO

*El sufrimiento y el dolor van necesariamente
unidos a un gran corazón y a una elevada
inteligencia. Los verdaderos grandes hombres
deben de experimentar, a mi entender, una gran
tristeza en este mundo.*

DOSTOYEVSKI

—Jefe, encontraron los cuerpos de dos mujeres, esta vez cerca del centro. Fueron brutalmente asesinadas con un hacha, al parecer.

Fernández tuvo una mala noche y todavía no procesaba el caso del día anterior. Se sintió aliviado cuando Paty le mencionó la violencia, ya que podría tratarse de otro asesino.

—¿Qué más tienen, Paty? —preguntó Fernández, más por costumbre que por verdadero interés.

—No sé, jefe. Sólo vinieron los polis a decir que encontraron los cuerpos de estas dos mujeres, al parecer uno era de una mujer mayor y el otro cuerpo era de una mujer muy joven. No sé más. ¿Irás a la escena?

Fernández se quedó reflexionando un rato.

—No lo sé, la verdad creo que no. Sigo pensando en el caso de la niña de ayer. ¿Puedes encargarte de arreglar todo este caso? Está bien si viene algún reportero entrometido, que sea la nota del día, así lo de la chica de ayer seguirá inadvertido. Por cierto, ¿qué me tienes sobre las pruebas que mandé ayer al laboratorio? ¿Ya hay algún sospechoso?

—No, jefe, ya sabe que las pruebas de laboratorio son medio tardadas; no tenemos el equipo necesario para realizarlas de manera rápida.

Fernández se encontraba desesperado. Pensaba que en el palito de paleta estaba alguna pista. Tenía que jugar contra reloj.

—Mira, Paty, dile al del laboratorio que me pase las pruebas. Iré hoy mismo a la Ciudad de México a que me presten el equipo necesario. Allá conozco a unos amigos que sé que pueden ayudarme, y hoy mismo traeré las pruebas aquí, me urge resolver esto.

Paty salió de su oficina y cinco minutos después entró a la de Fernández junto con uno de los peritos que vieron la escena de las dos mujeres.

—Comandante Fernández, buenos días. Vengo a darle un informe del asesinato de esta mañana. ¿Quiere que se lo diga de viva voz o prefiere que le deje el dossier en su escritorio?

—Déjamelos, por favor. Al rato vengo y lo reviso.

—Está bien, jefe —contestó el perito.

—Oye, espera.

—Dígame, jefe.

—Paty me mencionó que el arma homicida era un hacha. ¿Es cierto? Supongo que ya enviaron las pruebas al laboratorio.

El perito se quedó pensando un rato.

—No, jefe, no encontramos el arma homicida. Suponemos que el asesino se la llevó.

—¿Cómo sabías, Paty, que era un hacha?

—No lo sé —contestó Paty—. Como me dijeron que fue por un golpe en la cabeza que les partió el cráneo, imaginé que era un hacha.

—Sí, tienes razón, lo más seguro es que haya sido un hacha —comentó el perito—. En tal caso, jefe, encontramos una huella, y ya está en el laboratorio.

—Baja al laboratorio, y diles que me pasen la huella. Ahora mismo iré a la Ciudad de México a ver si es posible que de una vez encontremos a estos dos asesinos.

Sales de tu oficina y te metes a tu vieja furgoneta, una Ford Ranger que te regaló tu padre cuando terminaste la universidad. Te has negado a cambiarla por nostalgia, pero también porque ahora es más difícil comprarse un auto. Desde hace algunos años ya no se ven coches por la ciudad, ahora todos usan el tren interurbano, camiones, *scooters*, bicicletas y motos. Aunque cuando vas en carretera, te da gusto ver a otros, que, como tú, tampoco pueden dejar de usar sus autos, personas de la vieja escuela, a los que les asustan los nuevos medios de transporte. Además, te piensas ridículo yendo a una escena del crimen en un *scooter* o en una bicicleta.

El comandante tomó su celular y buscó entre sus contactos a su viejo amigo Luis Patiño.

—¡Qué milagro!, Desiderio. ¿Hace cuánto tiempo que ni siquiera te dignabas a darle *like* a alguna de mis fotos? ¿A qué debo el honor?

Luis Patiño fue uno de sus mejores amigos de la preparatoria. La vida los había llevado por distintos lugares, pero Fernández le guardaba un cariño sincero y le tenía mucha confianza. Además, siempre era bueno tener amigos en la política. Patiño era el Fiscal General de la Ciudad de México y, aunque se sabía que era un corrupto, consideraba que su amistad, a pesar de las debacles, se encontraría intacta.

—Sé que sólo te llamo cuando te necesito, mi buen, pero esta vez me urge charlar contigo y pedirte un favor.

Una hora antes del asesinato de las mujeres:

—Muchas gracias, doña Maricarmen, no sabe lo mucho que me está ayudando al prestarme este dinero. Como le dije hace rato, mi bebé tiene mucha fiebre y es urgente que lo lleve al doctor.

—Está bien, Lola, no te preocupes, está bien, no tienes nada que agradecerme, pero sí mucho que pagarme. No te olvides de mis mensualidades, por favor, no quiero que mi sobrina vaya a cobrarte, que más pena le da a ella.

—No, doña Maricarmen, verá que seré la más puntual en pagarle cada uno de los pesos que me acaba de prestar.

—Váyase ya, por favor.

La señora Maricarmen tenía aproximadamente 70 años. Vivía sola desde que su primer y único hijo murió en un accidente; el tren en el que viajaba perdió los rieles, y se fue a estampar en una fábrica de pastas al sur del país. Desde entonces, la señora Maricarmen había vivido completamente sola, sin ninguna mascota siquiera, sin nada. Sólo la iba a visitar su sobrina, hija de su hermana Lucrecia. Tanto su madre como la hermana de doña Maricarmen habían fallecido, así que sólo se tenían la una a la otra.

Doña Maricarmen sabía que si ella no fuera prestamista, Laura, su sobrina, ni siquiera se asomaría a su casa, pero desde

que se quedaron solas Maricarmen adoptó a Laura, y aunque no vivían en la misma pieza, ella le pagaba las mensualidades de un departamento al lado del suyo, así, cuando la señora necesitaba algo, sólo tenía que gritarle a Laura, quien, como era su obligación, iba corriendo a socorrer a su anciana tía.

Ese día, doña Maricarmen sabía que Laura se había ido a la universidad y que no llegaría hasta después de comer, por lo cual decidió instalarse en su sofá tranquilamente a reposar el desayuno, recibiendo la luz del sol que se colaba a través de un gran ventanal.

Cuando comenzó a sentirse adormilada, escuchó un ruido, unos pasos quizá. Doña Maricarmen, alarmada, se dio la vuelta, y sus ojos se cruzaron con otros ojos. Su corazón empezó a latir con fuerza, pero ni siquiera tuvo tiempo de pedir clemencia. Escuchó un leve crujido en su oído derecho y quedó tendida en el piso.

Afuera del departamento de doña Maricarmen se escucharon unas pisadas.

—Tía, regresé porque se me olvidaron las llaves de mi departamento. ¿Me puede prestar las copias que le dejé?

Laura esperó algunos segundos a que su tía le respondiera, ya que la anciana se movía muy lentamente y pensó que seguramente a esas horas ella estaría disfrutando de una siesta.

Tocó la puerta con más fuerza, esperó algunos segundos y, al no obtener respuesta, tomó el picaporte y lo giró.

Antes de que terminara de entrar, Laura se estremeció al ver un gran chorro de sangre en el piso. Justo cuando iba a

empezar a gritar auxilio, lo vio venir, un gran golpe que hizo que perdiera la conciencia para siempre.

Fernández llegó a la oficina de Luis Patiño. Al ver a su viejo amigo, el comandante no pudo más que rememorar su juventud. Cuando le presentó a Maribel, Luis quedó perdidamente enamorado de ella; pero Maribel siempre prefirió a Desiderio, y nunca le pasó por la mente dejarlo por Patiño.

Los amigos se saludaron con la misma familiaridad con la que se saludan los amigos que no se han dejado de ver, aunque ellos ya llevaban más de tres años sin siquiera llamarse por teléfono o mandarse un mensaje. No era porque no quisieran verse, ambos tenían un trabajo muy demandante y, a veces, Fernández no estaba de acuerdo con el actuar de su amigo. Sabía de sobra que era un corrupto y que había robado mucho dinero al país, lo sabía y lo reprobaba por completo, y no es que Fernández fuera la mejor persona del mundo o que nunca hubiera aceptado una mordida, pero el comandante pensaba que había de corruptos a corruptos.

El rostro de Luis Patiño se iluminó en cuanto vio entrar por la puerta de su oficina a su amigo Desiderio. Se abrazaron, sin embargo, como el trabajo de ambos no les permitía contar con tiempo ilimitado, Patiño fue directo al grano:

—Ahora sí, Desi, dime para qué soy bueno. De veras que si no necesitas algo, tú no te acuerdas de los amigos. Pero bueno, tú dirás, sabes que en lo que pueda, siempre te ayudaré.

Fernández le hizo un recuento del caso en el que estaba trabajando. Le contó todo, desde las fotos, la chica y sus sentimientos al respecto.

—Okey, a ver, déjame ver si entiendo. Dices que tienes la certeza de estar tratando con un criminal de élite, algo así como un asesino en serie. Hace mucho que no se ve eso en el país.

—No tengo la certeza, pero sí la sospecha —contestó el comandante—. No puedo asegurar nada hasta que cuente con una prueba o hasta que el asesino vuelva a actuar. Por eso te pido tu ayuda.

Fernández había acudido a Patiño para pedirle que le prestara el equipo necesario para que los resultados de las huellas dactilares salieran esa misma tarde. La tecnología que utilizaban en las investigaciones de la Fiscalía de la ciudad era tan moderna que con tan sólo enviar una fotografía de la huella digital, el sistema, en cinco minutos, les arrojaba al menos cinco sospechosos.

—Claro que sí, claro que te puedo ayudar —dijo Patiño—. No te preocupes por eso, pero siento que te lo estás tomando todo muy a pecho. Sabes que desde que se instauraron las nuevas políticas la delincuencia se ha reducido drásticamente. Todos los delitos van a la baja, no creo que nadie se arriesgue a matar en serie. Saben en lo que se meten.

—Sé que me estás tomando como a un loco; todos en el departamento lo hacen. Hubieras visto cómo me miraron en la mañana por haber ido a la escena del crimen ayer. Como

nunca me encargo de las investigaciones... En fin, dirás que estoy loco, pero este caso me interesa, y creo que ya me hacía falta un poco de emoción. Si resuelvo este crimen, me sentiré muy a gusto; si no, da igual.

—Mi secretaria te va a llevar con el doctor Landazuri. Él te va a apoyar en todo lo que necesites, y si requieres más ayuda, no dudes en llamarme. En cualquier caso, te aconsejo que no te obsesiones, creo que pronto podrás saber quién mató a la niña.

Fernández se despidió de Luis Patiño con un abrazo y con la sensación de que pronto iba a volver a verlo.

El doctor Landazuri era realmente un personaje. De inmediato, a Fernández le cayó muy bien. Era un señor de unos 60 años, delgado y con una sonrisa que daba confianza, pero eso sí, una mirada en la que se podía leer mucha inteligencia. Fernández le contó más o menos sus sospechas, aunque sin entrar en detalle. Pensó que si la información se filtraba, todo podía echarse a perder; tendría que ir con pies de plomo.

—Mire, este es el sistema que detecta las huellas digitales, y también tenemos una aplicación para celular; es menos precisa, sí, pero saca de un apuro.

Fernández le entregó el palito de paleta al doctor Landazuri.

—Efectivamente, aquí hay una huella, mire usted.

En el ordenador se podían observar claramente las líneas de una huella. En ese momento Fernández se sintió triunfante; le emocionaba estar cerca de descubrir quién era el culpable.

El doctor Landazuri realizó la búsqueda varias veces, sin embargo, no encontró nada, el sistema no arrojaba ningún rostro, ningún sospechoso.

—No puede ser, esto es muy extraño, el sistema no arroja ningún dato de su asesino, comandante. Al parecer la huella no está registrada en la base de datos, lo cual es verdaderamente extraño. Desde que los niños nacen, como bien sabe, el sistema registra las huellas digitales, pero no sé qué está pasando.

Fernández coincidía con el doctor Landazuri, pues los ciudadanos tenían la obligación de registrar su huella digital, así era como se identificaban todos. La credencial de elector fue sustituida por la huella y un chip que todos tenían en el brazo izquierdo, así era muy sencillo identificar a las personas, más aún cuando tenían antecedentes penales o propensión a la psicopatía o alguna enfermedad crónica degenerativa. Así que era muy extraño que la huella no tuviera ningún registro. La única manera en la que podría haber desaparecido sería que la hubieran borrado del sistema.

—¡No entiendo!, es casi imposible que la huella de alguien no esté registrada en el sistema.

Al doctor Landazuri se le ocurrió lo mismo que a Fernández: la huella debió de ser removida o el asesino es de otro planeta.

Fernández se quedó dubitativo algunos minutos. Esta pista, pensó, podría haber sido muy valiosa.

—He perdido la pista que creí clave para resolver mi caso. Ahora tengo que empezar de cero.

El doctor Landazuri lo miró con lástima. Fernández tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche, se le veía cansado; sin embargo, su cansancio parecía perpetuo: de la vida.

—Lo siento mucho, comandante, pero no se me ocurre de qué otra forma podría ayudarlo. Desde aquí podemos empezar una investigación, hacer una denuncia por pérdida de información confidencial. Podemos llamar a nuestros *hackers* y pedirles que entren al sistema; sólo así lograríamos saber cómo fue eliminada esa huella.

Sientes que todas tus ilusiones se desmoronan. No estás ni cerca de resolver el caso. No sabes de qué forma proceder. ¿Esperar a que vuelva a actuar?

Cuando Fernández se disponía a despedirse del doctor Landazuri, recordó que se había traído la huella ensangrentada del caso de las dos mujeres encontradas por la mañana.

—Un último favor, doctor. ¿Puede revisar esta huella? Se lo agradecería mucho.

Estás decidido a llevar a alguien a la Ciudadela Preventiva. A veces te preguntas si fue buena idea el cambio del sistema penitenciario. Antes las cárceles estaban abarrotadas de delincuentes, algunos peores que otros, y cuando salían, era muy difícil que en realidad se reintegraran a la sociedad. Incluso tú trabajaste de muy joven en una cárcel. Te daba asco que los reos nadaran en su propia mierda, los lugares tan pequeños que no cabía entre ellos ni un alfiler. Con las ciudadelas preventivas todo parece ser distinto, aunque tú sigues teniendo muchas dudas. Allí los reos están

por un máximo de cinco años si es que robaron algo, pero a los delincuentes más duros, como los asesinos o los secuestradores, se les aplica una inyección que los deja en estado vegetativo. Esto evita que el gobierno mantenga cárceles repletas de reos que en muchos casos sus delitos no son tan graves. A los violadores los envían al campo, a las afueras de las ciudades, para que se encarguen de cultivar la tierra, y a los agricultores los envían a las ciudades a trabajar o les dan becas a sus hijos para seguir estudiando. La Ciudadela Preventiva permite ahorrar mucho dinero al país, dinero que antes era echado a la basura. En estos momentos se está legislando la pena de muerte, la cual se podría aplicar en los casos realmente extremos, como asesinos en serie y terroristas. Sin embargo, quienes se oponen a esta argumentan que va en contra de los derechos humanos, y muy en el fondo piensas que todo es una broma macabra, porque sabes que en este país nadie nace con derechos.

El doctor Landazuri se sorprendió muchísimo al darse cuenta de que la huella que minutos antes había revisado era exactamente la misma que Fernández le acababa de dar.

—Comandante, no me lo va a creer, pero la huella es la misma.

—¿Cómo que es la misma?, no comprendo.

—Así es, la huella es exactamente la misma y no la tenemos registrada en el sistema.

Fernández se quedó anonadado. Eso significaba que el asesino de las mariposas y el de las dos mujeres era el mismo.

El teléfono de la oficina de Paty sonó:

—Paty, escucha muy bien lo que te voy a decir. Necesito que seas muy discreta.

—Claro que sí, jefe.

El comandante tenía absoluta confianza en Paty. Además de su secretaria, era su mano derecha, y por qué no decirlo, también la consideraba una amiga. Él entendía que la única persona que le podía ayudar era Paty, y ella sabía perfectamente que él jamás dudaría de su fidelidad. Llevaban mucho tiempo trabajando juntos, desde que Fernández había entrado a la Fiscalía. Por aquel entonces ya era uno de sus elementos más eficientes. Aunque recién que él entró ella intentó besarlo, él quitó el rostro porque no quería mezclar el trabajo con las relaciones personales, y en esa época estaba saliendo con Maribel.

—Mira, Paty, no estoy loco; estamos frente a un asesino en serie, tenemos que actuar lo más rápido posible.

—No comprendo, jefe, explíquese mejor. ¿Cómo que un asesino en serie? Entiendo que lo del asesino de las mariposas lo haya hecho casi volarse la cabeza pensando en eso, pero hasta que no haya matado a otra persona no podemos asegurar que sea un asesino en serie.

—Escúchame bien, Paty, eso es lo que intento decirte. Nuestro asesino de las mariposas ya volvió a actuar.

—¿Cómo? —gritó Paty—. ¿Cómo es eso posible? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—El asesino de las dos mujeres fue el mismo que mató a la niña. O sea que el asesino de las mariposas hoy mismo

volvió a actuar. Lo peor es que estamos como al principio, sin ninguna pista.

—¿Cómo que sin ninguna pista, jefe? Y las huellas y el palito de paleta, ahí debe encontrarse al sospechoso.

—No, Paty. Aunque es la misma huella, no está en la base de datos. No sabemos quién es porque no hay ningún registro suyo. Pareciera que todo rastro del asesino fue borrado de la faz de la tierra.

El comandante Fernández llegó a su oficina e inmediatamente pidió a los peritos que le enviaran las fotos de la escena del crimen de las dos mujeres.

—Aquí están, jefe. ¿Necesita algo más?

—No, así está bien. ¿No encontraron ninguna otra prueba?

—No, jefe, todas las pruebas las recopilamos, como siempre. La huella que le imprimimos la encontramos en el pica-
porte, pero de ahí en fuera, no, ni siquiera el arma homicida.

—¿Entonces no fue un hacha como lo había dicho Paty?

—Es muy probable por el tipo de corte que les hicieron en la cabeza a las mujeres, pero no la encontramos, no sabemos dónde puede estar.

—Gracias, Pablo. Si necesito algo más, te aviso.

—Sí, jefe.

Fernández se quedó pensando en las pruebas que tenía. Sólo sabía con certeza dos cosas: el asesino al que estaban persiguiendo ya había actuado dos veces y su huella no estaba registrada. ¿Por qué el asesino no se preocupó por no dejar

huellas?, se preguntaba el comandante. Fernández vio las fotos que Pablo le acababa de llevar. Ya no podía ir a la escena, porque ya la habían levantado. En dos días habían matado a tres mujeres, a dos de ellas brutalmente.

Te propones resolver esos crímenes así la vida se te vaya en eso. Habías soñado con poder atrapar a un asesino serial, darle caza, acabar con él y ahora que tienes la oportunidad sientes gran satisfacción y una adrenalina que hace mucho tiempo no experimentabas.

Siguió observando las fotos. Se veía el departamento, amueblado con objetos que antaño parecerían lujosos, sin embargo, estaban pasados de moda.

El asesinato fue en el *living*, a ambas mujeres les destrozaron la cabeza, y la habitación quedó hecha un mar de sangre. Parecía que el asesino no sólo se conformó con matarlas, sino que esparció la sangre por todos lados. A Fernández incluso se le metió el óxido por la nariz y empezó a babear.

El estómago le comenzó a gruñir, y decidió tomarse un descanso. Sintió que ese día se le estaba haciendo eterno, pudo ir a la Ciudad de México, regresar, y apenas eran las dos de la tarde. Gracias a que en las ciudades se había diversificado la movilidad, se podía llegar muy rápido a cualquier sitio. Recordó que cuando era joven hizo unas prácticas forenses en la ciudad, y que se tardaba un promedio de dos horas en transportarse. Esta vez fue media hora de ida y media de regreso. El tiempo, pensó, se hace más corto en cuanto envejecemos.

—Paty, voy a salir a comer. Pospón, por favor, todos mis pendientes, llegaré hasta muy tarde y necesito pensar.

—Sí, jefe, como guste. Por cierto, le iba a comentar que este viernes haré una fiesta en mi casa, ya sabe, por mi cumpleaños. Estoy invitando a algunos compañeros del departamento, y si usted quiere ir, su esposa es bienvenida.

—Muchas gracias, Paty. Sí, claro, ahí estaremos.

Tanto tiempo que llevas trabajando con Paty, y cada año olvidas su cumpleaños. Esta vez te prometes que le darás un obsequio.

Fernández salió de su oficina, atravesó la calle y pidió una torta y una Coca Cola para llevar. Se las empaquetaron, se subió a su camioneta y se dijo que aún tenía una cuenta pendiente con la niña de las mariposas.

III

PUREZA

*... supongo que hasta entonces había creído que
existía una serie de absolutos en esta vida, que
ciertos comportamientos o actos, como el
asesinato, eran intrínsecamente reprochables y
otros intrínsecamente correctos. Pero el tiempo
que pasé en Ivu'ivu me enseñó que toda ética o
moral es culturalmente relativa.*

HANYA YANAGIHARA

Te abre la puerta una mujer que tiene los ojos llorosos. A pesar de su sobrepeso, tiene un rostro muy parecido al de la niña de las mariposas, su hija; piel lozana, facciones casi angelicales. Te invita a entrar. Dudas si pasar a la intimidad de esa casa; te decides, porque finalmente a eso vienes.

—Pase por aquí, comandante —dijo la Señora.

—Llámeme Desiderio, por favor.

Te invita a sentarte en un sillón casi deshecho. Sientes el impulso de sacar un pañuelo y limpiarlo, pero inmediatamente piensas que la mujer lo puede tomar a mal y te sientas a su lado, junto con los vecinos que velan el cuerpo, aún fresco.

—Dolores, se llamaba Dolores, y me la quitaron. Por favor —le suplicó la señora—, ayúdeme a dar con los responsables. En la comandancia me dijeron que ya tenían abierto un archivo para hacer las investigaciones, pero, ¿sabe?, yo no confío en que ustedes de verdad busquen a quien mató a mi hija.

No sabes cómo lidiar con el dolor ajeno. Haces un esfuerzo y tomas entre tus manos las suyas, ásperas por el trabajo duro, e intentas consolarla.

—Sería un cínico si le dijera que vamos a encontrar al culpable, y que todos los elementos están en su búsqueda. —Fernández se quedó unos segundos pensando en qué más le podía decir—. Yo le prometo que intentaré por todos los medios

encontrar al culpable y hacérselo pagar, pero primero usted me tiene que ayudar. ¿Ya le dieron la carta de defunción?

—Sí —contestó la madre de Dolores, y se la extendió.

Abres el documento con todo el respeto del que eres capaz, con una parsimonia que desespera; comienzas a leerlo con avidez hasta que encuentras la información que buscas: veneno. ¡Fue por veneno!, dices en voz alta. Te pones lívido; también estaba embarazada.

—Así que envenenaron a su hija.

Fernández estaba consciente de que había descuidado los asuntos periciales, era inaudito que él fuera el último en saber las causas de la muerte de Dolores. Sin embargo, se disculpó consigo mismo porque estaba inmerso en la recopilación de las pruebas para encontrar al asesino.

Tienes que saber todo desde el comienzo. Indagas.

—Señora, me tiene que contar todo sobre Dolores, al menos sobre los últimos días. ¿Cómo fue que desapareció?

—Ay, comandante, no puedo ni hablar del dolor y del coraje que tengo, me mataron a mi hija y no pude hacer nada. ¿Sabe cómo me siento? Al principio pensé que se había escapado, pero después de dos días de búsqueda tuve un presentimiento, sabía que ella ya no volvería.

Te molesta el lloriqueo de la señora. La ves mejor y piensas que en realidad es muy fea; sus facciones, que minutos antes las habías considerado angelicales, de pronto te parecen grotescas. Intentas llevar la conversación al punto que te interesa.

—En el informe dice que Dolores estaba embarazada, ¿cierto? ¿Sabe quién puede ser el padre?

—No, comandante, yo no sabía que mi hija estaba embarazada; no entiendo cómo pudo haber pasado, tenía el implante, como todas las niñas.

Piensas que desde que se instauró el nuevo régimen, a todas las niñas a partir de los 12 años se les obliga a ponerse un implante subdérmico para que no tengan hijos tan jóvenes, una medida cautelar, sobre todo en las zonas más pobres del país. Muchos padres se oponían a esa medida, argumentando que estaban muy niñas, pero desde que se había establecido en la legislación que sólo se podía tener un niño por pareja mientras los padres tuvieran más de 25 años y una renta suficiente para mantenerlo, la gente lo aceptaba un poco más. El nuevo régimen había gastado mucho dinero en promover esas medidas, de manera que la gente comenzaba a acostumbrarse a eso. No les importaba realmente que perjudicaran sus derechos humanos, siempre y cuando el gobierno siguiera con la pensión universal.

—Entonces, ¿cree que haya sido producto de una violación o ella tenía novio?

—No, comandante, no creo que la hayan violado, ella me contaba todo o casi todo. Eso, estoy segura, me lo hubiese contado. Y sé con certeza que no tenía novio; qué no ve que era una niña, tenía doce años.

La madre de Dolores se dedicaba a hacer la limpieza de algunas casas en la zona de Metepec. Era una familia muy

humilde, ella no tenía esposo, y Dolores era hija única. Eso fue todo lo que pudo saber de la niña. Al salir de la casa, tomó una foto de Dolores que estaba en un estante, y se la guardó en su bolsillo.

Regresas a tu oficina, te sientes mucho mejor al saber algunas cosas sobre la niña de las mariposas, pero te desespera no encontrar los vasos comunicantes entre Dolores y las muertas de la mañana. Por más que te devanas los sesos, no puedes imaginarte qué es lo que las une, aparte de ser mujeres; ni siquiera el *modus operandi* era el mismo. En un caso la escena parecía una pintura de tan cuidada que estaba; en el otro la habitación había quedado hecha un asco, llena de sangre por todos lados, aunque también esa podría ser una pista, piensas.

Las dos escenas del crimen parecían preparadas, dijo Fernández en voz alta. El asesino las preparó.

Volvió a sacar su celular y comenzó a hacer notas de las cosas que tenía. Eso le ayudaba a poner la situación en perspectiva.

Dolores estaba embarazada. ¿Quién era el padre? Fernández sabía que eso no era algo importante, las niñas se quitaban el implante o sencillamente sus madres las escondían cuando les tocaba colocárselos; pensaban que las hormonas les perjudicaban, y el embarazo de una chica de 12 años era muy común. Aunque los índices de embarazo en adolescentes habían disminuido radicalmente en los últimos años, aún había casos. Fernández presintió que el padre no tenía nada que ver, y decidió no considerarlo como pista.

Todavía no oscurecía. La ciudad se encontraba en total ajetreo. Fernández se asomó por su gran ventanal. Después de un día terriblemente cansado le daría una sorpresa a su esposa.

Tomó su vieja furgoneta y fue manejando hasta la avenida Comonfort. Ahí, hace algunos años conoció a Lisandro. En ese entonces su matrimonio no iba tan bien. Tanto Fernández como Maribel estaban conscientes de que tenían que hacer algo pronto, y aunque nunca habían carecido de creatividad, no sabían qué era lo que les faltaba. Un día a Maribel se le ocurrió que quería acostarse con otro hombre. Tenía claro que podía hacerlo sin que su marido se enterara, pero ella quería decírselo. No sólo deseaba que lo supiera, sino que fuera partícipe.

Cuando Fernández se enteró de lo que quería hacer Maribel, al principio se escandalizó. Luego, con el paso de los días y la ansiedad de que su matrimonio se estaba yendo por el caño, accedió. Primero pensaron invitar a alguno de los amigos de Fernández o de la misma Maribel. Hicieron una lista con al menos cinco conocidos que pudieran prestarse a sus planes. Fernández incluso había propuesto a su viejo amigo Luis Patiño. Maribel, al saber que en la lista de su marido se encontraba Luis, le empezó a gritar que cómo se le ocurría semejante estupidez. Ambos sabían que Luis Patiño estuvo enamorado de Maribel. Incluso en algún momento, con la sinceridad que da la amistad, le había confesado a Fernández que quería a Maribel y que tenía derecho a luchar por ella. Fernández siempre fue muy confiado al respecto, y dijo que estaba bien. Sabía que

el amor que le profesaba Maribel era real. Al poco tiempo, Maribel le dijo a Fernández que Patiño le había confesado su amor y que ella lo rechazó. Desde entonces la relación con Patiño se enfrió, aunque ambos sabían que su amistad era más importante que cualquier mujer. Por eso, para Maribel el hecho de que a Desiderio se le ocurriese semejante idea le pareció casi abominable. Patiño fue siempre un buen amigo para ella. Incluso cuando se casó fueron invitados a su boda.

Fernández pensó que invitar a Patiño sería una buena idea, ambos lo conocían y le tenían mucha confianza para pedirle algo tan íntimo. Además, le parecía excitante poder compartir a su esposa con su mejor amigo, pues bien sabía que Patiño la deseaba tanto o más que él mismo.

En tal caso, como no funcionó con su mejor amigo se puso a idear otra salida. No se lo consultó a Maribel, simplemente un día llegó a su casa con Lisandro. Maribel lo recibió con gusto, con extrañeza también, pero inmediatamente que lo vio se percató de que era un hombre muy atractivo, tal vez demasiado joven. Esa noche los tres se divertieron. Al principio sólo fue una cena y unos comentarios subidos de tono. A Lisandro le llamaba la atención mucho más la masculinidad de Fernández que la sutil belleza de Maribel, aun así, después de un par de encuentros más, Fernández y Maribel declararon a Lisandro el amante oficial. No representaba un peligro para su relación. Los dos sabían perfectamente que acostarse con Lisandro, juntos o separados, los hacía unirse aún más. Sí, el amor tiene muchas caras, los dos lo sabían y lo disfrutaban,

jamás sintieron celos por Lisandro, no sólo porque le pagaban una cuota para acceder a él, sino porque estaban conscientes de que acostarse con otra persona no significaba nada. Una de las máximas de Maribel era una frase que leyó en un libro cuando iba en la preparatoria, la cual decía más o menos así: “el cuerpo se puede compartir, el alma no”. Ahora conservaba la esencia de la frase. Aunque no recordaba con exactitud las palabras, esa imagen, el hecho de poder disfrutar del cuerpo de otras personas y aun así saber que el alma y el amor eran de alguien, le parecía un ideal no sólo del amor, sino la clave para que las relaciones perduraran.

Al principio, temía que al decirle a Fernández esas cosas él se escandalizara, sin embargo, no fue así, lo aceptó como quien le confiesa sus pecados a un padre. En tal caso, lo de Lisandro se convirtió en una especie de relación, lo llamaban cuando se sentían solos o cuando querían un mediador. En esta ocasión, lo que necesitaban era desahogar los estragos de la vida, un amigo, un amante que le sirviera a Fernández como un salvavidas. A Maribel la quería demasiado como para utilizarla de esa manera, pero Lisandro era perfecto para eso, podría ser lo que necesitaran, alguien a quien escupirle cuando la vida se llenaba de bilis.

Esa noche los tres se encontraban en el recibidor de la casa. El ambiente estaba tenso. Aunque a Maribel siempre le parecía fabuloso que su esposo le diera ese tipo de sorpresas, presintió que algo no marchaba bien, ni con Fernández ni con Lisandro.

—¿Cómo que desapareció tu amigo? Espero que ya hayan dado aviso a las autoridades. No me ha llegado ningún archivo a la Fiscalía con los datos que me has proporcionado. Tienes que contarme cómo sucedió.

La voz de Fernández era enérgica cuando se trataba de trabajo. Era muy inusual que él realizara un interrogatorio o una investigación en su casa, pero esta vez Lisandro era el que necesitaba de su ayuda.

—No puedo creer, Lisa, que no hayan ido a levantar un acta para comenzar la búsqueda de tu amigo —intervino Maribel en la plática que sostenían su marido y su amante—. En cuanto desapareció tuviste que haber ido a buscar a Desiderio para que te ayudara.

—Lo sé, lo sé, pero en la cuadra estábamos muy preocupados. Sé que lo mejor es dar aviso, pero quién va a buscar a uno de nosotros, a nadie le importa si desaparecen las prostitutas como yo. Vamos a la Fiscalía y nos dicen que van a efectuar las investigaciones correspondientes, aunque todos sabemos que no es verdad, lo único que pasa es que nos dan el avión, nos dicen que sí harán su trabajo, pero no es cierto, nunca es verdad.

La voz de Lisandro en ese momento se quebró, empezó a verter lagrimones, y Fernández también sintió el dolor que experimentaba su amigo. Lo tomó de las manos, y le secó la cara mientras Maribel empezaba a masajear sus hombros.

Fernández le prometió que iba a hacer todo lo posible para encontrar a su amigo.

—Pero tienes que ir mañana a rendir declaración. Yo no puedo hacer nada por mis propios pies, hay un protocolo que seguir.

Lisandro se levantó de inmediato, y le espetó que ese protocolo era lo que provocaba que muchos trabajadores sexuales fueran asesinados sin temor a represalias y que ni siquiera estuvieran registrados en las estadísticas.

—Lo que tú y el gobierno no saben es que siguen matando y torturando a la gente que está en las calles, pero siempre salen con su mamada de que ya no hay delincuencia. Lo que no hay son estadísticas, porque si antes de todo esto era una mierda, ahora lo sigue siendo, pero lo cubren, todo lo cubren ustedes y lo sabes, no intentes lavarte las manos.

Desiderio se asustó. Nunca lo había visto tan enojado, y por un momento pensó que podía atreverse a golpearlo. Se hizo para atrás y adoptó un tono conciliador.

—Tienes que ir a declarar, Lisandro. Mañana, cuando llegues a la Fiscalía, me mandas un mensaje, y yo mismo te acompaño a rendir tu declaración.

Maribel se empezó a sentir impaciente, y besó en los labios a Lisandro.

—Anda, ven, debes de estar muy cansado —le dijo en tono protector.

Lisandro se levantó y, como a un niño, Maribel lo tomó de la mano y lo condujo a la habitación. Fernández fue a su estudio y se tomó un *whisky*. Era en serio que le urgía relajarse. Esa semana había tenido momentos muy difíciles.

Cuando entró a la habitación, Maribel estaba desnuda de la cintura para abajo, recostada sobre la colcha y con las piernas abiertas. Lisandro tenía sujeta en la mano derecha una navajita y en la otra un contenedor lleno de agua. Lisandro le estaba depilando a su esposa el área genital. Se sentó a observarlos en un rincón mientras prendía una pipa. Vio el torso de Lisandro, se le antojaba como el torso de un dios azteca. Era fuerte, medio musculoso; no por ejercicio, sino porque había nacido así. Su color era moreno rojizo, como el hermoso y sensual color que tienen todos los *ñäthos*.^{*} Era hermoso, sí. Fernández, que por un momento dejó de ser el comandante, se desabrochó el cinturón y apagó la luz.

Fernández llegó a su oficina. La mañana era heladísima; una densa niebla le impedía ver a través de su ventana el despertar de su querida ciudad. Para el comandante, Toluca era el lugar que lo vio nacer, sí, pero con el paso de los años le fue agarrando cariño; también un odio muy profundo. Los mejores y los peores momentos los había pasado allí. En tal caso, le encantaba ese aire helado que se le metía a los pulmones cada día que tenía que madrugar; era aire limpio, fresco, sabía a la vida que muchas veces se le salía de los pulmones, a la vida que los años le ha ido arrebatando, a la vida que había dedicado buscando asesinos que en la mayoría de los casos no hallaba.

En su oficina encontró el café que Paty mandaba traer de un local que estaba cerca; era el favorito del comandante

^{*} Otomíes.

y, dependiendo del día, si era muy pesado o no, le echaba un chorrito de brandi que guardaba sin mucha preocupación en un cajón de su escritorio. Además de la Coca Cola, le encantaba ese café amargo, con toques dulzones, justo como él mismo. Bebió un trago, y se quemó la lengua.

—Paty, ¿qué tal nos pinta el día? Por favor, dime que esta vez será un día tranquilo; ayer no pude ni dormir de todas las preocupaciones que me embargan. Además, Paty, necesito que te encargues de algo. En un rato vendrá un amigo, se llama Lisandro, me parece que un amigo suyo ha desaparecido. Por favor, que le tomen declaración y que prioricen la carpeta. Que la Comisión de Investigaciones se encargue de eso. Mientras, yo seguiré trabajando en nuestro asesino.

Paty entró a la oficina del comandante y le puso un folder color manila de frente. Antes de abrirlo, Desiderio sabía lo que era. Respiró profundo y le echó un chorrito de brandi a su café.

Lisandro llegó a la Fiscalía poco antes de las doce; había estado toda la noche con Maribel y Desiderio. Normalmente la pasaba bien con los dos, aunque esta vez sintió el nerviosismo de su amigo. Él estaba dispuesto a servirle de desahogo, a los dos, claro, pero con Desiderio sentía otra conexión, no sólo porque era homosexual, sino porque le gustaba cómo los trataba a él y a su esposa. Siempre los trataba bien y aunque le pagaban una buena cantidad por acostarse con él, se sentía muy tranquilo y a gusto en sus brazos. Era un buen hombre,

lo presentía cada vez que lo veía y estaban juntos los tres. En algunas ocasiones, Desiderio y él habían salido a jugar billar o a cenar, sin Maribel. No era una relación de amor ni de amistad, sino de complicidad. También era su cómplice y podían hablar de cualquier tema, pero esa noche los dos tenían cosas en la cabeza y, aunque trataron de complacer a Maribel, no se sentía realmente satisfecho. Creía, por momentos, que no había hecho bien su “trabajo”.

—Buen día, vengo de parte del comandante Fernández a poner una denuncia y a rendir mi declaración.

La recepcionista observó a Lisandro de pies a cabeza. En circunstancias normales no le hubiera hecho caso, pero como dijo que venía de parte del jefe, no se lo pensó dos veces.

—Vaya con mi compañero. Él le va a tomar su declaración.

—Mira que esta noche ha estado larga, no he agarrado a nadie. Como van las cosas, yo aquí me voy a congelar, y ni una mosca me va a venir a mosquear. ¿No se te antoja un café de esos que venden en el OXXO? Si quieres voy, y así sirve de que mis piernas congeladas circulan su sangre.

Lisandro se lo pensó dos veces. Era cierto, la noche había sido muy larga, y su esquina de Comonfort ya le estaba cansando. Las piernas también las tenía entumidas y, con la poca ropa que traía, su cuerpo le estaba pidiendo a gritos un poco de calor.

—Órale, traite un café, aunque esos pinches cafés saben a pastel de lo dulces que están, pero a ver si así me caliento tantito, ya que esta noche creo que no vamos a agarrar nada.

Lisandro y Jhony, como le decía, se conocieron en el centro de rehabilitación para niños. Era un lugar que se encontraba a las afueras de la ciudad de Toluca, cerca de La Marquesa; todas las ciudades tenían uno. En ese lugar iban a parar los niños abandonados o huérfanos. Se les daba una educación muy rigurosa, casi militar, porque de ahí sacaban a los futuros soldados y policías que custodiaban la ciudadela. Los deshumanizaban a punta de tortura psicológica y física. Una de las técnicas más usadas era la Técnica Ludovico, que consistía en ponerlos a ver videos de sexo muy violento o escenas gore, para que ellos, con el tiempo, rechazaran por completo el sexo y no pudieran reproducirse ni violar a nadie. Hace una década, los militares y los policías se dedicaban a vandalizar, matar y asesinar gente. Por eso, desde el régimen, la educación militarizada y académica estaba a manos del Estado. Así, todos los niños que no tuvieran padres que se hicieran cargo de ellos iban a parar a los CRN. Ahí los adiestraban para servir, sin miramientos, a su país. México, desde que comenzó la dictadura, se militarizó; en todas las calles se encontraba al menos un militar en las esquinas. Por eso la violencia mermó, pero aún existía. Los militares no tenían fuero, sin embargo, la Constitución los protegía. Además de ganar mucho dinero, se les adiestraba en arte, música y literatura, aunque eso no los ablandaba, al contrario, los ponía en una esfera de superioridad moral e intelectual para poder cuidar a la gente. Sólo que algunos escapaban de esa educación porque no aguantaban la tortura. Jhony y Lisandro escaparon cuando tenían 14 años, no pudieron con

la tortura física e intelectual a la que eran sometidos. Un día armaron un plan.

—¿Cuál es el plan? —preguntó con interés Jhony.

—Pues muy sencillo, cuando todos duerman saltamos la barda y ya.

—¡Uy sí!, pendejo, como si fuera tan fácil. ¿Y qué vamos a hacer con los guardias?

—Sencillo, vamos a dormirlos con un dardo. Listo, nos brincamos y somos libres.

—¿Y de dónde diablos vamos a sacar uno? Primero tendríamos que robarlos de la dirección.

—Eso ya lo hice. Tengo una pistola de dardos bien cargada en el patio de atrás, la enterré bien, pero necesito que alguien me ayude. Si no quieres venir, es tu pedo, cualquier otro querrá.

—¿Te das cuenta de que si nos escapamos vamos a ser unos desterrados? El país por el cual hemos trabajado durante años nos daría la espalda.

—¿Y qué? Tampoco es como que yo quiera defenderlo o tenga un sentido patriótico muy arraigado.

—Pero como sea, nos ha dado de comer, hubiéramos vivido en la calle.

—Pues no sé tú, pero yo prefiero la calle. Ya cállate mejor. ¿Me vas a ayudar? Además, qué te haces, sabes que a pesar de la política de inclusión a la gente como tú y como yo la siguen tratando peor. Si es verdad que la guerra se aproxima, nosotros seremos los primeros a los que van a mandar a las tropas de enfrente.

—Ya, ya pues, total tampoco tengo mucho que perder. Tienes razón, nosotros no tenemos lugar en el ejército, ellos son unas bestias.

Jhony interrumpió los pensamientos de Lisandro. Le derramó un chorrito de café en la mano derecha.

—Perdón, es que está muy caliente y desde hace una cuadra te estuve chiflando, pero andas como imaginando quién sabe qué cosas.

Lisandro le da un trago a su café.

—¡Ay!, ya me hacía falta un poco de calor. —El café hirviendo le comienza a escocer la garganta—. Es que estaba pensando.

—¿En qué?

—Pues en el día en que nos escapamos. No sé, cuando veo estos días de la chingada, siento que no fue tan buena idea escaparnos. Con nuestra calidad de desterrados jamás pudimos encontrar un trabajo ni nada, siempre tenemos que ocultarnos de las autoridades y vivir escondidos. Ve, a la Tiffany y sus secuaces los protege el gobierno. Cada mes les hacen un examen de enfermedades venéreas, y a nosotros ni una pinche gripa nos quieren curar.

—Te dije que era un arriesgue, pero ya ni para qué quejarnos. Es verdad, tal vez no tengamos las mismas oportunidades que ellas, pero igual no debemos rendirle cuentas a nadie; ellas sí. Ya, fueron nuestras decisiones, olvídate de eso. Mejor tómate tu café.

—Mira, se acerca una camioneta, pon tu mejor cara.
—Se rio.

—Uy sí, como si con eso la hiciéramos. Si fuera así, uf, con mi cara preciosa ya me hubiese hecho millonaria.

Jhony le dio un largo trago a su café y vio de reojo que una camioneta negra con los vidrios polarizados se detenía. Lisandro se quedó varios pasos atrás mientras Jhony se acercó a la camioneta con un guiño de coquetería. El vidrio se bajó unos cuantos centímetros. Jhony acordó la cifra. Lisandro quiso ver el rostro del nuevo cliente, pero por el vidrio no se alcanzaba a distinguir, sólo logró vislumbrar una cabellera color cobrizo.

—Nos vemos, nene, que ya agarré cliente.

Jhony le guiñó un ojo a Lisandro, se dio la vuelta y se subió a la camioneta. Por seguridad, Lisandro solía ver las placas de los autos en los que se subían sus compañeros. Cuando la camioneta se alejó, se percató de que no tenía placas. Lisandro sintió un ramalazo de intranquilidad en el estómago.

IV

LA CARNE

*Ambos sabemos la irrealidad de quitar una
vida, sabemos que en esos momentos no
son carne; sino aire y luz, y color.*

THOMAS HARRIS

—Descuartizado, lo encontraron descuartizado.

—¿Cómo que descuartizado? Quiero más detalles, por favor.

Cuando le dieron la noticia al comandante, Lisandro se encontraba rindiendo declaración. Ya habían encontrado a su amigo, pero cómo le iba a decir que estaba muerto, descuartizado. Desiderio se imaginó el dolor que eso significaría para Lisandro.

—Sí, jefe, lo encontramos en la madrugada, en las meras vías del tren. Ahí donde está el tiradero en Primero de Mayo, bien cerquita de aquí.

—¿Cómo pudieron haber dejado un cuerpo descuartizado a unas cuadras de aquí?, donde se supone tenemos policías, tenemos gente de inteligencia —vociferó Fernández. Se sentía indignado, preocupado y hasta culpable.

— ¿Qué hacemos, jefe? —le preguntó Roberto.

—¿Cómo que qué hacemos? ¿Hasta eso les tengo que decir exactamente?, ¿qué, cómo y cuándo hacerlo? Pues qué otras cosas van a hacer, investigar quién fue, los motivos, obviamente, si fue premeditado; nadie descuartiza así nada más porque sí. ¿Qué más encontraron?

—Los muchachos ya hicieron algunas investigaciones, jefe.

—¿Y qué fue lo que encontraron?, digo, si se puede saber. Fernández presintió que la respuesta no le gustaría.

—Pues el cuerpo destazado, lo que se dice destazado, hecho cachitos, estaba en una bolsa negra, pero sólo los restos. Le faltaba la piel y todos los músculos. Encontramos la misma huella de su asesino, jefe, el de las mariposas y las dos mujeres; lo confirmamos en la *app* que nos mandó su amigo.

Desiderio se quedó pensando un rato, no dijo ni una sola palabra. El perito en jefe, Roberto, quien seguía parado en la puerta de su oficina, se comenzó a remover incómodo. En ese momento no sabía qué hacer o qué decir, si salir o quedarse.

—Jefe, ¿quiere que le diga a su amigo?, sigue abajo. Aún no le han dicho nada, están esperando su orden.

—No, prefiero decirle yo mismo. ¿Cómo diablos le diré todo esto? ¿Qué quiere ese asesino?

Roberto ya no sabía si el comandante estaba hablando con él o para sus adentros.

—Retírate y dile a Lisandro que se venga para mi oficina, por favor. ¡Patyyyyyy!, ven, córrele.

Paty entró corriendo.

—Dígame, jefe.

—Sírreme dos copas, pero bien cargadas, por favor.

—Sí, jefe. En seguida.

Por alguna extraña razón, Desiderio vio las nalgas de su secretaria. Aunque Paty era guapa, nunca la había visto de una manera sexual; eran amigos y compañeros de trabajo, nada más. No obstante, en ese momento Desiderio sintió deseo hacia

ella. Se sacudió la cabeza, como si con eso se pudiera sacudir las ideas y desterrarlas de su mente.

Pasaron algunos minutos hasta que Lisandro entró a la oficina de Desiderio. Se sentó. Antes de que el comandante pronunciara una sola palabra, su semblante se lo dijo todo.

—¿Cuándo lo encontraron? —preguntó Lisandro.

Te quedas en silencio sopesando las palabras, no sabes cómo decirlo. ¿Cómo le dices a alguien que su mejor amigo está muerto, que fue brutalmente destrozado? ¿Cuántos amigos te va quitando la vida a lo largo de los años?, te preguntas muy hondo.

—Lo encontraron hoy en la mañana, Lisa. Lo encontraron, ¿cómo te digo?... pues... destazado. Lo destrozaron todito. No queda nada de él. Efectuaron un reconocimiento porque su rostro estaba intacto y, bueno, le hicieron el ADN de rigor.

Lisandro se quedó unos segundos en *shock* y después comenzó a llorar, en silencio. Su cuerpo temblaba y Desiderio se olvidó por un segundo que él era el jefe, que tenía a cargo la justicia del Estado; se levantó de su asiento y lo abrazó. Lisandro se dejó ir en el abrazo que sólo dos hombres que han compartido el amor pueden darse.

—Fue una mujer, estoy seguro.

Desiderio se separó de ese abrazo eterno.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿La viste? ¿Viste quién es?

Lisandro dudó unos segundos, luego respondió:

—No, no la vi, pero es que estoy casi seguro. Ya di mi declaración, y pues es que cuando Jhony se metió a la camioneta

yo vi una cabellera cobriza, pero no pude verle la cara, ni las placas. ¿Ustedes ya tienen alguna sospecha?

El jefe se dejó caer en su cómodo sillón; se escuchó un ¡plaf!, como si hubiera aterrizado la culpa que sentía.

—Mira, sí, tenemos una pequeña pista de quién pudo haber sido.

—Dime quién —exigió Lisandro—. Desiderio, por favor, este crimen no puede quedar impune. Jhony fue mi amigo desde hace muchos años, hemos pasado tantas cosas juntos, no se puede quedar así, Desiderio. Júrame que lo vas a encontrar y vas a hacerlo pagar.

—Verás, desde hace poco menos de una semana han aparecido tres muertas, y el autor de estos asesinatos es la misma persona. Lo sabemos porque en todos sus crímenes deja sus huellas, las deja a propósito, por supuesto. Sin embargo, sus huellas no están en el Sistema Nacional de Reconocimiento de Personas. Pareciera como si no existiera. Hasta ahora hemos trazado un triángulo de los lugares donde ha actuado: primero fue en Lerma, una niña; después fueron dos mujeres, una joven y una anciana; y ahora, tu amigo. Al principio pensé que era un feminicida, como los que hace muchos años aparecieron aquí en el estado y en Ciudad Juárez; pero con la muerte de tu amigo no sabemos cuál es el móvil del asesino de las mariposas.

—Jefe, no se vaya a olvidar que esta noche es la fiesta en mi casa; prepararé un gran banquete para todos. Sé que han sido días complicados, pero, por favor, vengan usted y Maribel,

creo que nos hace mucha falta distraernos de todas las cosas que han pasado esta semana.

A Desiderio ya se le había olvidado ese pequeño inconveniente. Quería a Paty, pero no lo suficiente para ir a su cumpleaños, por eso siempre se le olvidaba. Además, no le gustaban las fiestas, no bailaba y tampoco le encantaba ponerse borracho hasta perder la conciencia. Pero Paty tenía razón, esa semana había sido eterna para él, para su esposa, para todo el equipo de inteligencia y los peritos, en fin, para todos los involucrados en los crímenes.

Le mandó a Maribel un WhatsApp para reunirse e ir a la fiesta de Paty.

D: Maribel, cielo, ¿qué haces?

M: Nada, aquí, trabajando en la casa, ¿por?

D: Hoy es el cumple de Paty. ¿No te gustaría ir? Va a hacer una cena en su casa.

M: Pues no estaría mal. Ya me habías comentado en la semana. ¿Tú quieres ir?

D: Pues, de querer, no sé, pero ya nos había comprometido a ir. Creo que servirá para distraernos, han sido días pesados para todos.

M: Sí, tienes razón. Oye, acabo de hablar con Lisa, no puedo creerlo, está deshecho :(¿Tienen alguna pista o algo?

D: Ya sé, sí, es el mismo asesino que nos ha estado fregando durante toda la semana.

M: Bueno, ya, luego hablamos de eso. Entonces nos vemos en...?

D: Puedo pasar por ti a la casa o nos vemos en un punto cerca.

M: Si quieres, pasa por mí a la panadería que está atrás de tu trabajo. Le quiero comprar un pastel a Paty.

D: Perfecto. Ahí nos vemos a las 8.

M: :*

D: :*

Pablo se metió a la cocina del departamento de Paty, traía en los brazos un refractario con lo que parecía un postre muy decorado.

—¿Dónde quieres que lo deje? —preguntó mientras le daba un beso en la nuca.

—Déjalo ahí, por favor —contestó señalando con el dedo índice una mesita que se encontraba al lado del refrigerador.

—Mmmm, eso que estás haciendo se ve muy delicioso. ¿Qué es? ¿Puedo preguntar?

—No, no puedes —le dijo sonriendo a Pablo—, pero estoy segura de que les va a encantar.

—Ahora sí que te luciste, Paty. Todo se ve y huele muy bien. No sabía que tenías tan buenos dotes como cocinera. De

hecho, no te hacía en la cocina; desde que salimos no has preparado ni un huevo.

Paty rio por lo bajo y dejó lo que estaba haciendo. Le pasó los brazos por los hombros y le plantó un beso en los labios a Pablo.

—Es que tú no sabes muchas cosas de mí, querido. Pero sí, la cocina se me da muy bien, aunque no lo creas.

Pablo intentó meterle un dedo al guiso que se estaba cocinando a fuego lento en la estufa, pero Paty, de un manotazo, lo impidió.

—No te atrevas a ultrajar mi comida —le advirtió y rio—. Mejor ve a quedarte con los que vayan llegando, y sírveles algo.

—Está bien, pero espero que me guardes una muy buena ración de eso que estás cocinando.

—No seas goloso —le dijo con aire divertido—, es para todos nuestros invitados. Hazme el favor de callarte y ayudarme; esta cena será una gran sorpresa.

—Pero es tu cumpleaños. Te dije que nos fuéramos a comer a algún lado o que pidiéramos comida a domicilio, si tanto era tu afán por invitar a todos los del trabajo. Además, no sabía que te llevaras bien con todos los de la comandancia.

—Y no lo hago y lo sabes. Pero me pareció que sería un buen gesto invitarlos a todos o al menos a la mayoría, digo, los vemos a diario, ¿qué no?, así aprovecho toda esta carne.

—Sí, eh, ya me di cuenta de que compraste kilos y kilos de carne. ¿Qué mataste tú misma a la res? —preguntó en tono sarcástico, tras lo cual rio.

—Claro que no, y no es una res; es carne de cerdo.

—¿No pensaste en nuestros compañeros vegetarianos?

—Yo siempre pienso en todo. Para ellos hay ensalada suficiente y puré de papa. Aunque viendo mi carne...

—Voy a abrir la puerta. Te veo en la sala.

—¿Crees que fue buena idea traerle una tarta?

—De hecho, pudimos no traer nada, Paty nos invitó, ya relájate, todo te lo tomas muy a pecho.

Ding, dong, ding, dong.

—Ya voy, ya voy.

—Pablo, qué bueno que viniste. Al parecer, Paty nos invitó a todos. Mira, te presento a Maribel. —Maribel y Pablo se saludaron de mano—. Pablo trabaja conmigo y es especialista en informática criminal. Está en el área de inteligencia.

—Pasen, pasen, ya están casi todos, o al menos todos los que quisieron venir. Siéntense en la sala o donde quepan —indicó Pablo y luego soltó una risita.

Era cierto eso de que Paty había invitado a casi todo el equipo de inteligencia y criminalística. Los peritos estaban y también gente de intendencia; pero, al igual que en la oficina, todos habían formado grupos.

—¿Ya viste? No importa que estemos fuera del trabajo, la gente se sigue juntando con los mismos —dijo por lo bajo Desiderio a Maribel—. Iré a saludarlos. ¿Vienes?

—No lo sé, no sé si quiero que me conozcan como la esposa de su jefe.

Maribel soltó una risita nerviosa, pero Desiderio no sabía si lo decía en serio o no. Se acercó a varios grupos y saludó a

todos. Presentó a Maribel diciendo simplemente ella es Maribel. En tal caso, todos sabían que estaba casado.

Paty y Pablo salieron de la pequeña cocina y empezaron a poner las cazuelas y los refractarios sobre la mesa.

—Abran paso, abran paso —vociferó Paty divertida, con Pablo detrás.

—No sabía que Pablo y Paty se trajeran algo —chismió Desiderio al oído de Maribel.

—Pues no es de extrañar, los dos trabajan en el mismo sitio. ¿No crees? Estar tanto tiempo juntos pudo haberlos “enamorado”.

—Pasen ya a la mesa, que esto es bufet; sírvanse lo que quieran.

Todos los invitados tomaron uno de los platitos de cerámica que se encontraban apilados sobre la mesa.

Paty había preparado comida para un ejército.

—Paty, no te conocíamos estas dotes de cocinera. La ensalada está buenísima —comentó Edna, una de las peritas jóvenes, quien entró a trabajar en la Fiscalía cuando acababa de salir de la universidad.

—Pues ya ves, no conocen mucho sobre mí —contestó Paty y le sonrió a Pablo.

—Sí, Paty, nunca te imaginé en la cocina. Esta carne está deliciosa, no sabe a algo que hubiese probado antes. ¿Cómo la preparaste?

—Ya ve, jefe, no sólo sé comprarle su café, sé hacer otras cosas también, aunque usted no se dé cuenta. El guiso es de una receta de mi abuela, lo preparamos con carne de cerdo.

Aunque hace siglos que no lo había ni comido ni cocinado. Creo que no quedó tan mal.

—Y a todo esto, Paty, ¿cuántos años cumples? —preguntó Ángel, uno de los secretarios de la oficina, quien trabajaba al lado del escritorio de Paty.

—Pues, como no tengo problema en decir mi edad —respondió Paty—, les diré. Este es mi cumpleaños número... 37. Ni tan joven ni tan grande, supongo.

Terminaron casi todos de cenar y poco a poco se fueron a sus casas. Cuando Maribel y Desiderio se disponían a salir, Paty los retuvo.

—Jefe, aún no se vaya, quiero hablar con usted un momento.

—Paty, no estamos en la oficina, no me digas jefe, por favor. ¿No te parece que ya es tarde? Lo podemos hablar en el trabajo.

—No, jefe, es que es algo personal, prefiero hablarlo aquí.

Maribel, Pablo, Desiderio y Paty se sentaron en la cómoda sala.

—Jefe, además de ser mi cumpleaños, invité a todo el departamento porque quería que vieran que Pablo y yo andamos. Sé que las relaciones amorosas en el trabajo no están prohibidas, pero tampoco quería que nos metieran en chismes, ya ve cómo son.

—Paty, no te preocupes, no creo que nadie los juzgue, y mientras no se metan en líos, no creo que haya problema.

Paty llevó un vino a la mesa, lo sirvió y se lo empezaron a tomar.

Maribel se levantó y le preguntó a Paty si podía entrar al baño.

—Claro, pero creo que el de visitas ya lo descompusieron, porque ahorita entré y ya no servía la palanca. Métete, si quieres, al de mi recámara, la segunda puerta a la izquierda.

Cuando entró al cuarto de Paty, Maribel pudo darse cuenta de que tenía dos paredes completamente llenas de libros, apilados y de diversos colores. Se acercó y pudo comprobar que la mayoría de los títulos eran de literatura. Al principio, no supo qué hacer. En su juventud había sido una gran lectora, aunque después de iniciar el régimen eso se acabó. Tocó con la punta de sus dedos cada uno de los lomos. Había encuadernaciones preciosas que seguramente en la época en la que estaban valían una verdadera fortuna. En la cabecera se encontraba clavada una repisa con libros. Maribel pudo identificar entre ellos algunos que conocía, pero no quiso tocarlos.

—¿Listo, Maribel? —preguntó Desiderio—. Ya sólo te estaba esperando. Es hora de irnos. ¿Te parece?

—Sí, claro. Gracias por la cena, Paty. Me dio mucho gusto celebrar tu cumpleaños. Nos vemos pronto.

—Nos vemos, gracias por haber venido.

Mientras Maribel y Desiderio se metían en la vieja furgoneta, Paty y Pablo entraron al departamento.

—Estás muy callada —comentó Desiderio.

—No sabía que tu secretaria fuera una gran lectora.

—Bueno, todos seguimos leyendo, de alguna forma. ¿No crees? ¿Por qué lo dices?

—Cuando entré a la recámara de Paty vi que tenía enormes estantes repletos de libros, todos de literatura. ¿No te parece extraño?

—Pues no lo creo —dijo tras sopesar por unos minutos lo que iba a responder— o, bueno, no lo sé. Sabemos que después de las quemas mucha gente pudo salvar algunos, y que en el mercado negro se siguen comprando, a precios exorbitantes, sí, pero finalmente todos podemos comprarlos. Aunque sea ilegal, pero se siguen consiguiendo.

—Pero es que ella tiene tantos. Quisiera pedirle prestados algunos —dijo y después se rio.

—Puedes pedirselos, aunque ya sabes que deben ser discretas, y tampoco le digas a nadie que posee semejante tesoro en su recámara.

Se quedaron unos minutos en silencio mientras Maribel manejaba. A ella le encantaba manejar, su padre le había enseñado cuando era una niña, pero desde que se podía tener un auto por familia, Maribel nunca se había comprado uno. Además, no lo necesitaba, porque era de las muchas afortunadas que hacía *home office*.

—Cuando vi los libros de Paty me acordé de cómo eran las cosas antes, casi, casi en la uni. ¿Recuerdas?

—Me acuerdo de muchas cosas. ¿A qué te refieres exactamente?

—Bueno, a que en esa época podíamos tener todos los libros que quisiéramos, y el conocimiento literalmente en la palma de nuestras manos. Recuerdo que por esa época se estaban

poniendo de moda los lectores electrónicos. La tecnología se abría paso.

—Sí, pero también lo estaba cerrando. Además, creo que ahora tenemos muchas cosas buenas: hay menos pobreza, menos delincuencia; claro que las cosas están mejor. No sé por qué te quejas

—No me quejo —contestó medio a la defensiva Maribel.

Desiderio era un ferviente seguidor del régimen. Al igual que él, mucha gente creía en su conveniencia.

—Sólo digo que no está bien que ya no podamos conseguir tantos libros.

—Los libros los podemos conseguir en las bibliotecas públicas, y ahí los podemos leer. Creo que no está tan mal.

—Pero no tenemos la libertad que antes teníamos, de leer o de entrar en internet o de hacer búsquedas de lo que sea. No sé, sólo me imagino cómo habrían sido las cosas sin el régimen.

—Pues igual que antes o peor, supongo; no había control de tanta información, ahora usamos el internet para buscar cosas necesarias. Igual tenemos redes sociales, como antes, y podemos comunicarnos igual de bien.

—Sí, pero ahora hay control de todo, o sea, me refiero a que la gente ya no puede usar el internet con la frecuencia de antes. Ya sé, ya sé, no me mires así, tú sí, por tu trabajo, pero me refiero a los de afuera, a la gente común y corriente.

—Yo creo que así estamos bien. Necesitábamos un poco de control, ¿no crees?

—Sí, pero hay maneras. Creo que nos obligan a muchas cosas, y en otras tantas hasta transgreden nuestros derechos.

—¡Ay, ya, Maribel! Este es el cuento de nunca acabar, mejor vete a las revueltas; seguro esta semana va a haber una que otra.

Los dos se quedaron unos minutos en silencio. Maribel sabía que ese era el tipo de conversaciones que a Desiderio no le gustaban. Ella estaba segura de que también él se preguntaba si el régimen era una buena idea, pero su trabajo no le permitía hacerse tantos cuestionamientos.

—Aún recuerdo la toma de protesta del dictador. ¿Te acuerdas? —preguntó Maribel.

—Sí. Dijo que se iba a dedicar a romper los lazos familiares, porque la familia es el cáncer de la sociedad, y que los que nacieron pobres no iban a morir siéndolo. Lo recuerdo muy bien —comentó Desiderio, tras lo cual se rio levemente—. ¿Cómo olvidarlo?, estaba con mi familia, esperanzados porque este país cambiara.

—Y cambió. ¿No crees?

—Sí, y a paso veloz. Sé que los métodos de nuestra presidenta no son tan ortodoxos, pero también creo que el tiempo le dará la razón.

—Quién sabe, ojalá.

V

LA PIEL

*Grenouille caminaba de noche. Como al principio de su
viaje, evitaba las ciudades, eludía los caminos, se
echaba a dormir al amanecer, se levantaba a la caída
de la tarde y reemprendía la marcha.*

PATRICK SÜSKIND

Ya ha pasado una semana del asesinato de las mariposas. Estás leyendo las noticias del fin de semana en tu ordenador. Abres tus archivos y repasas las pistas que tienes. Aún no encuentras el móvil. ¿Qué podría ser? Los asesinados eran: una niña de 12 años, una anciana y su sobrina, y un travesti. No había ninguna conexión. Tienes la vana esperanza de que ya no vuelva a actuar, pero una parte de ti espera que pronto encuentren a otra víctima. Esta situación, aunque te molesta, te proporciona mucha adrenalina; siempre habías querido estar detrás de un asesino serial. En tu cabeza eso suena a cliché, pero también es un deseo que no puedes ocultarte, por eso habías estudiado criminalística, te gusta la maldad. Muy en tu interior tienes la certeza de que tú también eres de los malos, sólo que sabes controlarte o eso intentas. A veces pierdes los estribos, principalmente cuando todo a tu alrededor se desmorona, aunque por lo general te consideras una persona analítica y muy capaz de controlar la ira y el odio.

Le das un sorbo al café que Paty te ha traído hace algunos segundos y giras tu silla hacia tu gran ventanal. Te gusta la mañana helada y nebulosa, pero prefieres la noche. Las ciudades son más hermosas cuando se caminan de noche, piensas. Recuerdas por unos momentos tu juventud y la inocencia con la que en ese entonces te enfrentabas a la vida. Ahora que

la muerte está más cercana, reflexionas más sobre tu futuro incierto, acerca de tu país y su gente, y muy particularmente sobre ti, sobre tu interior. Estos crímenes habían despertado algo en ti que pensabas dormido, algo que creías muy lejano, muy oscuro y dolorosamente cierto. Durante mucho tiempo has vivido haciendo lo correcto en la medida de lo posible, pero ahora quieres otras cosas. Por momentos te metes a la piel del asesino que estás cazando y sientes empatía y odio también. Sabes, por tus estudios, que cuando un detective se mete de lleno en un caso su visión se obnubila y corre el riesgo de dejar de ver las pistas que están ahí, frente a sus ojos. Lo que parece muy evidente suele ser, por lo regular, lo que permanece velado, porque la lógica busca móviles mucho más complejos, y de repente se olvida de que la maldad está ahí, sin ningún motivo real o aparente. Sonríes a lo lejos en tus recuerdos, en tu futuro con Maribel, y estás a punto de tomar el celular, de llamarle a tu esposa y proponerle que se alejaran de todo por un tiempo. Puedes tomarte una semana o dos de vacaciones, y salir a la playa o acampar en una montaña. Puedes irte a tu casa y recostarte en el vientre de Maribel. Total, ¿quién podría reclamarte algo? En esas cavilaciones estabas cuando entró Paty a tu oficina. Tenía una sonrisa de triunfo, su rostro luminoso.

—Jefe, ¿qué cree? Le tengo una noticia.

—Paty, no estoy para adivinanzas. Es lunes, muy temprano, tuve un fin de semana complicado, escúpelo.

Fernández se sentó en su silla giratoria y miró a Paty a los ojos.

—Tenemos al asesino.

—¿Cómo lo encontraron?

—Pues, ¿cómo que cómo?, con las manos en la masa. Llamó un poli, de los que estaban de guardia. Dijo que lo encontraron rondando la zona y que tenía las manos llenas de sangre. Lo trajimos, está acá enfrente, en los separos. Sólo falta hacer las pruebas peritales y en el mejor de los casos que confiese.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fernández, con un dejo de decepción.

—Dice que se llama Jacinto.

—Aunque no quiera confesar, NO LO TORTUREN. ¿Quedó claro? Lo quiero completito, quiero saber por qué lo hizo. ¿Ya identificaron a la víctima?

El perito entró a la oficina, miraba hacia el piso y no dijo una sola palabra, hasta que el comandante alzó la ceja cuestionándolo.

—Sí. Lo supimos por el chip de identificación, aún lo tenía colgando en un cachito de carne..., jefe. Cuando la encontramos estaba desfigurada.

—¿Cómo se llama?

—Gabriela González Ruiz. Es de San Diego de los Padres, por Casas Ara, jefe. Pero la encontraron muy cerca del puente de Pilares. No sabemos qué hacía del otro lado de la ciudad.

—¿En qué condiciones la encontraron?

El perito le entregó una fotografía. Lo que vieron los ojos de Fernández le parecía increíble. Sintió desde lo más profundo

de sus entrañas el rugir del café que había ingerido una hora antes.

—¿Cómo diablos hizo esto? —preguntó el comandante, más que por curiosidad, con incredulidad.

—¡Jacinto, Jacinto! Mira, ven a ver lo que acabo de encontrar. Córrele, mano.

—¿Cómo voy a correr?, si apenas y puedo caminar, no mames. Qué no ves que estos huesos ya no me responden. Jacinto se acercó despacito, con la espalda encorvada por los años y la pobreza que le pesaba en las vértebras.

—¿Qué es o qué? Espero que sea ropa o cobijas, o algo que nos ayude a calentarnos en las noches.

—No, no seas pendejo. ¡No, no lo toques! No vas a creer lo que es, mira.

Toño levantó con su bastón de madera la bolsa negra. Parecía un perro muerto, despellejado. Jacinto dio unos pasos para atrás e hizo aspavientos para que sus perros no se le acercaran.

—¡Sáquense! —gritó con enojo e incredulidad—. ¿Qué es eso? —le preguntó a su compañero.

—¿Pues qué no ves?

Jacinto intentó negar lo que sus ojos vieron, aunque no pudo hacerlo. Cerró con fuerza sus ojos, pero estos no accedieron a borrar la imagen. Un cráneo ensangrentado con restos de piel hecha jirones. El puritito hueso, la dejaron en el puritito hueso, pensó. Se volteó y no pudo hacer otra cosa que vomitar.

Sus perros se acercaron con interés para probar lo que de su estómago sacó, una espuma blanquecina. Los perros la olfatearon, pero se interesaron más por la bolsa negra que empezaron a hurgar con sus hocicos mojados, hambrientos. Jacinto los corrió, les echó piedras y Toño cerró la bolsa.

—¿Qué hacemos? —preguntó a Jacinto, que ya desvariaba, pero también a sí mismo.

¿Qué podían hacer ellos?

En eso estaban cavilando cuando a lo lejos escucharon la sirena y vieron en la oscuridad las luces rojo y azul de la policía. Toño pensó rápido.

—Mira, Jacinto, escúchame. Yo voy a pedir ayuda, pero tú mientras quédate aquí sentadito y yo les llamo a los de la tira, a los que vienen. Me voy a acercar a ellos y tú mientras te quedas aquí, eh, no te me vayas a mover.

—No, pues cómo diablos crees que me voy a mover, si con estas piernas que me responden cuando quieren no hay manera de que me mueva rápido. Córrele, Toño, pero no me vayas a dejar aquí con eso.

—No, cómo crees, aquí vuelvo.

Jacinto se sentó muy quietecito en la banqueta mientras uno de sus perros, el más fiel y el que llevaba más tiempo con él, se le acercó lento y le dio una chupada a su mano arrugada y venosa, casi de papel. Fue la última vez que vio al Hilario; así le puso, su primer perro, ya llevaban juntos más de siete años. El Hilario se sentó a su lado, y ahí estaba echadito con los otros cinco perros, calladito y desconfiado cuando un poli se le acercó.

—Como que usted nos estaba esperando, ¿erdá? O como por qué estaba aquí.

Jacinto le contó lo que acababa de pasar, pero el policía no le creyó.

—Cómo ve que nos va a tener que acompañar, porque esto se me hace muy sospechoso.

—No, no, no me lleve, no ve que ni me puedo mover. Cómo va a creer que le voy a hacer algo a la muchacha si ni me puedo mover. No, espérese, no me suba ahí. ¿Dónde se van a ir mis perros, mi Hilario? ¡Toño!, ¡Toño! —gritó—. ¡Pinche Toño!, cómo me dejaste solo, pendejo, si tú encontraste el cuerpo, Toño. ¡Toño!, ¿dónde estás, cabrón? No me dejes, no le vayan a hacer algo a mis perros, mi Hilario.

El perro negro se acercó, y todos aullaron y ladraron. Los polis los patearon hasta el cansancio.

—Pinche Hilario, me defendiste, cabrón; tú sí, porque el pendejo de Toño me dejó. Si yo ni me puedo mover.

—Y como le decía, comandante, me trajieron. Quién sabe qué les hicieron a mis perros, y el pinche Toño me dejó, pues qué no ve que ni me puedo mover.

Desiderio se dio la vuelta y le preguntó a uno de los polis.

—¿Esto que dice es verdad?

—Pues a medias, jefe, porque ya ve que ellos siempre mienten, y está medio loquito. Dice que no tiene ni fuerza para moverse, pero bien que nos dio de bastonazos. Y sí tiene fuerza, jefe, mire al Danilo cómo lo dejó, le ensangrentó la nariz con un puñetazo que le soltó. Así que no le crea todo lo que le dice este viejo.

—¿Qué hacía usted ahí, debajo del puente? —preguntó Desiderio a Jacinto.

—Pues cómo que qué, jefe, ahí vivo o, bueno, vivía con mis perros y el Toño, y de repente vimos la bolsa. Yo creo que la echaron en la noche, cuando estábamos bien dormidos, porque ni cuenta nos dimos. Jefe, se lo juro por San Judas, yo no fui, se lo juritito —dijo con voz lastimera y se llevó el santo a los labios.

—Que pase aquí la noche —ordenó Fernández—. Ya les dije, cabrones, no lo maltraten, ya tuvo suficiente. Por favor, déjenlo en paz, échense un pan y una cobija. No lo metan con los otros reos, pónganlo solo. Solo, dije —advirtió el comandante mirando a Danilo, al que se le notaban las ganas de vengarse—. ¡Solo! ¿Entendiste, Danilo?

Desiderio entró a su oficina fatigado. Paty lo vio de reojo, pero no quiso seguirlo; se quedó en su lugar e hizo como si estuviera escribiendo, como si al fin tuviera algo que decirle al mundo. Dejó el teclado, porque eso no era lo suyo, lo suyo era más bien lo otro. El teléfono sonó. Contestó con la voz chillona y fingida de amabilidad, fingida como los orgasmos que le daba a su novio, fingida y chillona como todo lo que ella decía y hacía. Era una periodista. Le resumió lo que había pasado ese día.

—La encontraron, sí. ¿Cómo? Desollada. Sí, así, ¿qué no escuchas?, ¿hablo chino o qué?

Paty estaba a punto de perder los estribos; muy seguido los perdía, en su mente, muy dentro de ella, sin que nadie más lo supiera.

—Sí, te digo que desollada, y también ya encontraron al asesino. No, ¿cómo crees? Pues según fue un cabrón ya viejillo. Sí, está aquí adentro. No, ¿cómo lo vas a entrevistar?, estarás pendeja si crees que te dejaré pasar, mi jefe me mata. Ya, sí, si sé otra cosa, te aviso. Okey, *Bye*.

—¡Patyyyyyyyyyyy!, ven, córrele.

Paty colgó y se sentó frente a su jefe.

—¿Qué pasó, jefe?

—Que este equipo son una bola de pendejos. Ese que encontraron no es el asesino, ese no creo que haya matado ni a una mosca, porque sabes qué, es un anciano, ni se puede mover el pobre. Es más, dudo que pase la noche con la golpiza que estas bestias le pusieron. Échale una cobija, y un pan, ¡yo me largo! ¡Ya me tienen hasta la madre con sus pendejadas todos! No sirven para nada ni los polis ni los peritos ni los investigadores. Ese maldito nos está viendo la cara, se está burlando de nosotros en nuestras narices. ¿Qué le pasa a este jodido mundo? ¿Por qué nadie hace bien su chamba? ¿Por qué nadie hace nada? ¿Por qué no lo encuentran? La desollaron, la dejaron en los huesos. ¿La viste, Paty?, ¿la viste? ¿Quién puede hacer algo así? Le arrancaron la piel. ¿Qué clase de enfermo hace eso?, ¿por qué?

Paty nunca había visto a Desiderio de esa manera: descontrolado. No supo qué hacer cuando, en un impulso, la aventó a una de las sillas giratorias. Ella, asustadísima, se comprimió en la silla mientras Desiderio tomó del perchero su chamarra

y se alejó. Paty volteó el rostro y vio la espalda de su jefe, encorvado, un cuerpo grande, al que le pesaba el mundo en sus hombros.

Gabriela puso las manos sobre el piso helado e intentó incorporarse, pero no pudo. Sentía en las costillas un dolor punzante y la espalda no le respondió cuando intentó arquearla para tomar fuerza. El cuerpo le pesaba y experimentaba un ardor en cada una de sus extremidades. Cuando volteó el rostro para verse a sí misma no podía entender cómo estaba despierta. Su cuerpo se encontraba envuelto en lo que parecía un traje rojo y purulento. El contacto con la dureza y el frío del piso la hizo gritar de dolor. Intentó buscar en lo profundo de su mente cómo había llegado ahí, pero su mente estaba bloqueada. No podía moverse, no podía pensar, y apenas un grito le salió de la garganta. Al lado suyo vio un cuchillo que le pareció enorme, estaba ensangrentado; y, como a un metro de ella, en una pequeña montañita, como ropa sucia, como ropa vieja, como la ropa que después de una tarde de trabajo llegas, la avientas y queda desparramada, estaba su piel.

Con un sonido ahogado, se recostó sobre el piso, consciente de que ya no le quedaba tiempo ni fuerza ni esperanza siquiera. Se dio cuenta de que estaba viviendo los últimos minutos de su vida, que su cuerpo no podría estar vivo en esas condiciones durante mucho tiempo. Tocó su cara y se vio las manos. Aún conservaba piel por dentro de las falanges, pero del lado del dorso de la mano se podían vislumbrar partes

blancas que adivinó eran sus huesos. No lloró, ya que las lágrimas al caer se le antojaban ardorosas. Como pudo, se hizo un ovillo. Luchar no era para ella, porque se supo derrotada. Cerró los ojos y esperó una muerte que se estaba tardando mucho en llegar.

Será acaso que en los últimos momentos todos se ponen a recordar su vida como consuelo, como recuerdo o tal vez como algo a qué aferrarse. Gabriela recordó de pronto su niñez y la vida que antes tenía, tan diferente a como era el mundo ahora. El mundo cambió y con ella la forma de gobierno. La gente siguió siendo mala, no todos, pero la gente sigue sintiendo esa llamada al mal que es tan natural; ella también la había sentido algunas veces, aunque siempre había sido capaz de acallarla. ¿Qué es lo que pasa en la cabeza de la gente que no puede controlar ese impulso? El dolor de su cuerpo era tal que su cerebro le comenzó a fallar. Cerró los ojos y la mente se le puso transparente. Escuchó unos pasos y lo último que vio fue el *bat* que le atravesó el cráneo.

VI

LA CIUDAD

*Una ciudad se convierte en un mundo cuando
amamos a uno de sus habitantes.*

LAWRENCE DURRELL

Es aterradorante, fría, solitaria, angustiada, sombría; uno no acabaría de adjetivar esta ciudad, piensas. Es una ciudad muy distinta de la que te vio nacer, es un mundo distinto del que conocieron tus padres y tus abuelos. Recuerdas la década en la que naciste, en la que nacieron todos tus conocidos, los gloriosos noventa. El siglo pasado, con reglas que parece que ya no existen. Han transcurrido casi 50 años. ¿Cómo puede cambiar el mundo así? Y la gente, ¿qué ha pasado con la gente? También recuerdas el caos reinante en este lugar, la sangre que antes se derramaba y que aparentemente ya no. ¿Qué sentido tiene la ley? Te preguntas y te asusta saber el lugar que ocupas en el engranaje que significa la ley. El día que te pusieron como comandante no estabas seguro de querer ese puesto, pero te compraron con el poder; hace muchos años que los funcionarios de primer nivel no tenían sueldos. Te preguntas cómo sigue habiendo pobreza si desde hace mucho tiempo les prometieron un sistema económico más justo. Te consuelas, dices que es verdad, que ya no hay tanta pobreza, y que ya no tienen la misma violencia, ya no hay narco, y suena en tu cabeza un narcocorrido. ¿Hace cuánto no escuchas la palabra narco? Pero ves a los jóvenes calando sus cigarros en la alameda. ¿Hace cuánto no escuchan de una balacera a fuego cruzado? Recuerdas de pronto que para matar no es necesario una

pistola. Recuerdas que cuando vivías en los años veinte estaban tan desesperanzados que se vieron obligados a cambiarlo todo, a destruirlo todo para sostener esto nuevo. Tú mismo estuviste en las revueltas, creías en un mundo distinto, en un lugar donde hubiera esperanza, donde la gente fuera más feliz. ¿Es eso posible? Te preguntas por tu propia felicidad y no sabes qué responderte, porque pareciera que toda la gente que conoces ha cambiado, pero sus rostros no se ven felices. Y ahora en qué te has convertido. El mundo se puede volver loco de nuevo, como era antes; lo sabes y tú vas a estar ahí cuando eso pase. Te preguntas de qué lado vas a estar.

Esa noche Desiderio salió a caminar un poco. Le gustaba la noche, y desde que era joven tenía insomnio. Abrazaba a Maribel y ella intentaba que durmiera, pero la verdad es que desde hace muchos años tomaba pastillas para dormir, cada vez dosis más fuertes. No era el estrés, es que hay gente que puede o no dormir; él sencillamente no podía. La ciudad desierta con algunas luces tintineantes. Puso su celular en modo silencio y quiso sentir el sereno en su rostro, oler el lodo, la tierra mojada; acababa de llover. Esta ciudad es lluvia, esta ciudad es mierda, esta ciudad es muerte. Desde hace mucho tiempo Desiderio se había sentido paranoico a causa de su trabajo o la costumbre de su juventud; escuchó unos pasos tras él, se volteó y no vio a nadie, sus manos comenzaron a sudar. Volteó: nadie. Volteó y sintió cómo una enorme piedra cortó el aire. Se tocó la frente: sangre. Intentó correr. Se le cerraron los ojos del dolor, no pudo abrirlos. Lo último que sintió fue cómo una navaja se le

enterraba en el estómago. Volteó otra vez: un rostro cubierto con un pasamontañas negro; negra se le puso la vista.

Maribel estaba inquieta. Cuando Desiderio salía a pasear a causa del insomnio no se tardaba más de veinte o treinta minutos, y ya había pasado cerca de hora y media. No era un presentimiento, no era una mujer que se dejara llevar por “corazonadas”, se consideraba una persona racional. Le marcó a su teléfono por decimoquinta ocasión. Esta vez fue la operadora quien le contestó. Maribel, al no tener otra opción, insultó a esa voz robótica. Pensó llamar al 911, aunque inmediatamente desistió de esa idea: jamás me harán caso, llamaré a su oficina.

En la Fiscalía trabajaban 24/7. Contestó la secretaria de Inteligencia.

—Diga, ¿qué puedo hacer?

—Escucha muy bien lo que tengo que decir. Soy Maribel, la esposa de Desiderio, el comandante, y creo que ha desaparecido.

—Muy bien. ¿Cómo que ha desaparecido? Explíqueme paso a paso lo que sucedió hoy para poder buscarlo.

Maribel le contó que Desiderio salió a caminar, como solía hacerlo algunas veces, y que normalmente se tardaba unos 20 minutos, pero ya había pasado más tiempo de lo acostumbrado.

—¿No cree que pudo haber ido con sus amigos o algo?

A Maribel le pareció increíble que no le creyeran, que no estuviera toda la policía buscándolo ya.

—NO, QUÉ NO ENTIENDE QUE MI ESPOSO ESTÁ DESAPARECIDO. Tienen que buscarlo, es el jefe de la FGJEM. ¿Eso no es

suficiente razón para poner a todos los policías de la ciudad a buscarlo?

El tono de voz de Maribel estaba un poco más arriba de lo acostumbrado. Se sentía en verdad enojada por la ineptitud de la mujer que se encontraba al otro lado de la línea. En eso estaba cuando se le ocurrió llamar a Paty, a ella la conocía mejor y quizá no fuera una lenta como esta secretaria. Le marcó.

Desiderio escuchó a lo lejos el tono conocido de un celular. Oyó pasos y el tono se alejó cada vez más. Intentó gritar, pero estaba amordazado. Lo único que pudo salir de su boca eran algunos pujidos, imperceptibles para quien sea que haya llamado.

Estás sentado, atado de pies y manos, amordazado, y con una herida en el estómago que sangra tanto que te da conciencia de que también estás hecho de sangre. Impulsivamente sientes la necesidad de llevarte la mano a la herida para intentar parar el río que fluye de ti. Imposible, tus muñecas, a causa de los cordones, te empiezan a arder. Sientes que te han apalearado, y es probable que así sea. No puedes ver nada, está todo oscuro, te pusieron una bolsa en la cabeza, apenas puedes percibir ciertos olores. No entiendes qué haces ahí. Te preguntas si es una venganza, si conoces al asesino que durante los últimos días estuviste buscando. Piensas que esto debiste preverlo, que era obvio que intentara algún atentado contra ti. Recuerdas a Maribel, te preguntas si está bien, si ya se habrá dado cuenta

de que no vas a regresar hasta quién sabe cuándo o, peor aún, que tal vez no regreses. En eso estás cuando los pasos se oyen cada vez más cerca. Escuchas otra vez la respiración, el aliento. Sientes miedo, sientes otro dolor en la costilla; te enterró otro cuchillo. ¿Por qué la saña? ¿Qué le hiciste? Te quita la mordaza, pero no la bolsa que cubre tu cabeza.

—¿Quién eres y por qué me haces esto?

Tu voz no suena convencida, ni siquiera quieres saberlo ya.

—¿Dónde estoy?

¿De qué sirve que sepas dónde estás o quién es? Entiendes que pronto te desangrarás, que sólo un milagro podría salvarte, pero hace mucho que no crees en los milagros. Quieres escuchar la voz de quien te tiene atado, quien te hirió, quien te ha quitado literalmente la vida, la posibilidad de ser otra persona. En este momento piensas que deseas ser otra persona, el barrendero, el que te prepara el café, y los imaginas acostados, dormidos, pero no en la situación en la que estás. Piensas que sólo a ti te pudo haber pasado esto, que a nadie más, sólo a ti.

—Comandante, sé que andaba loco por encontrarme. ¿No es así? Se preguntará qué hace aquí, ¿no es cierto? Tiene muchas preguntas en su mentecita retorcida. Pues, no sé si tengo humor de contestarlas. Sé que su esposa está buscándolo, pero nunca más lo va a volver a ver. Justo ahora toda la policía de la ciudad intenta dar con usted, aunque cuando lo encuentren ya va a estar muerto. No hable. Hablaré yo. Si dice una sola palabra, le cortaré la lengua. Se preguntará por qué he matado a todas esas personas. Yo también me lo pregunto. He

intentado escarbar en mi memoria, pero la verdad es que no, no hay algo que haya hecho que me convirtiera en la asesina que soy ahora. ¿No reconoce mi voz, comandante?, ¿no me diga? Soy Paty. No vine aquí a confesar, ni crea que quiero escapar de mi condena. Sólo lo vi; de verdad, fue casualidad. Iba manejando, cuando, de pronto, lo vi y ya. No se sienta tan especial, ni siquiera lo planeé, fue un impulso. Ya estaba pensando en mi próxima víctima. Véalo de esta forma: usted evitó que yo volviera a matar. Aún no puedo creer que no se haya dado cuenta. ¡Dioses! Si hasta me burlé de usted en la cara. ¿Recuerda a la niña que maté, su niña de las mariposas? ¡Ay, Desiderio!, es usted tan insulso que nunca entendió la pista y no se la diré, no es digno. La elegí hace tiempo. Desde hace algunos meses he ido a comunidades pobres a llevar la palabra de Cristo. Sí, lo hice, aunque no lo crea y se ría. Quería buscar a una chica, me gané su confianza y la de sus amigas, me contaban sus secretos; yo era su amiga y tal vez su confidente, me querían las muchachas. Son todas buenas. Y Dolores fue la que me contó que estaba embarazada, no porque ella hubiese querido. Un tío la violó. El infeliz se escapó, la verdad es que fue lo mejor. En esas comunidades hay familias que no dejan que a sus niñas les pongan las hormonas, y mire, pasa esto. A pesar de que los militares están en las calles, siguen violando niñas inocentes. Ella estaba asustada, como es natural. Yo la consolé, ¿qué podía hacer? Entonces le enseñé a cazar mariposas. Yo comencé a cazarlas cuando era niña, y cuando le mostré cómo hacerlo ella quedó fascinada. Por su casa pasan miles de

mariposas, y ella misma las recolectó para mí. El resto no te lo tengo que contar, tú mismo lo viste.

Sientes rabia y mucha impotencia. Te reclamas por qué no te habías dado cuenta antes, si siempre la tuviste cerca. Ahora lo que menos quieres es entender, sino acabar con esto. Te preguntas si vas a morir, si la vas a atrapar, pero el dolor a tu costado es cada vez más fuerte. En el fondo sabes que no vas a resistir mucho tiempo.

—La verdad es que la muerte de la vieja también fue azarosa. ¿No se da cuenta, jefe, que todo lo que hacemos está sostenido por el azar? La conocí también sin querer; bueno, busqué un tiempo a alguna anciana, pero cuando las conocía sentía por lo general mucha lástima, y lo que ella me produjo fue repulsión. Era el ser más mezquino que pude haber conocido. Prestaba dinero, pero lo cobraba con muchos intereses y abusaba de la gente necesitada, no se crea, jefe. No lo hice por venganza, sólo entraba en lo que estaba buscando. La visité un tiempo antes de matarla, le pedí prestado un dinero y, aunque pude pagarle, no lo hice; no lo hice porque sabía que mucha gente que le pedía, de verdad lo necesitaba y esta mujer se los cobraba con creces, les exigía los títulos de sus propiedades, aunque valieran mucho más de lo que les prestaba, y la gente necesitada, pues accedía. Deje ir por agua, que se está poniendo morado. Tiene que aguantar, aún no se puede morir; luche, luche, Desiderio.

En este momento te preguntas si de verdad podrías luchar, cada segundo pierdes más fuerza y más sangre. Intentas rezar,

pero no sabes qué dios podría auxiliarte; no recuerdas la última vez que rezaste. Y aun así, lo intentas.

—¿En qué estábamos? Ah, sí, en mi confesión. Sé que no necesito confesarle nada, jefe, pero supongo que quiero que se vaya en paz, así que le seguiré contando. Lo del amigo de su amigo, ¿cómo se llama?, ¡ah, sí! ¡Lisandro! El travesti, vaya que se lo tenía bien escondido, jamás pensé que su tan mojigata esposa estaría dispuesta a eso; ¡ay! no, si es tan triste todo, hasta eso me salió mal. Al que quería agarrar era al Lisandro, no a su pobre amigo, pero ya ni modo. No le quiero dar detalles de cómo lo maté, fue espantoso todo, mucha sangre, pero ¡uy! no, qué rico estaba. Sí. ¿No se acuerda que en mi cumpleaños la carne estaba deliciosa? Pues fue el platillo principal. Como diría Cristo, el que coma de mí vivirá, pues él está vivo en todos nosotros.

Sientes tantas náuseas, vomitas y te estás ahogando con tu propio vómito. Quieres morirte, desmayarte. ¿Cómo pudiste comerte a una persona? No lo entiendes, no entiendes por qué Paty, que se veía tan normal, tan gentil, una persona a la que tanta confianza le tenías, fue capaz de realizar semejantes atrocidades. Te mareas del asco, cierras los ojos, estás cansado. Que termine pronto, suplicas, pero nadie te escucha y sabes que nadie te escuchará, como nadie escucha a todos los que suplican.

—La pobre muchacha, Gabriela. A ella sólo la agarré en la calle, estaba distraída, pero yo creo que fue la que más sufrió. La desollé viva, le arranqué la piel poco a poco, pero

después de un tiempo ella dejó de sufrir. Cuando el dolor es tanto que el cuerpo no lo puede resistir, solito se bloquea o eso pienso, porque en algún punto ella dejó de llorar, y después, de respirar. ¿Qué? No le entiendo. ¡Ah! ¿Que quién me ayudó? Sé que espera que le diga que alguien me ayudó a planear todo. No entiendo por qué aún se sorprenden de que las mujeres tengamos la suficiente fuerza para matar. Nadie, Desiderio, nadie me ayudó, aunque, gracias a mi novio, pude eliminar mi huella; la dejé ahí en todas las escenas, no como pista falsa, sino para que usted se volviera loco buscándome. Esa es la verdad. Ahí la tiene. ¿Qué va a hacer? ¿Me va a llevar esposada? Puedo entregarme, si es lo que quiere. No me interesa nada en este mundo, así que qué importa. Sé que una de las cosas que se preguntó durante el tiempo que estuvo en mi búsqueda fueron las razones. No se las diré, es un secreto que me llevaré a la tumba, aunque sí, me inspiré en muchas cosas que estoy segura jamás entendería. Pero lo que sí le diré es que lo hice porque disfruto matar. No es que lo haya hecho mucho con anterioridad. Sé que la gente como usted siempre anda buscando justificar la maldad: que tiene traumas, que hay locura, que tuvo problemas en la infancia. Se les hace bien difícil concebir a una persona que sea mala por naturaleza, y siempre andan buscando una razón para todo. Espero que usted entienda que a veces pasan cosas sin razón, sólo porque sí. Sé que se está desangrando y que pronto va a morir; nunca fue mi intención matarlo, aunque no lo crea. Durante todos estos años lo llegué a apreciar, todos en la oficina lo queríamos. Pero todo llega a

su final. Tal vez si no hubiera salido a caminar, ahorita estaría acostado con su esposa.

Y sientes tanta tristeza porque ella tiene razón. Si no hubieras salido a caminar esta noche, estarías con Maribel; pero eso no está pasando, sientes la muerte, cada segundo te cuesta más trabajo respirar. En el fondo también quieres rendirte, hace mucho tiempo ya que estabas cansado. Tal vez si no hubieses salido a caminar. No puedes quitarte ese pensamiento de la cabeza, y lo último que escuchas es la voz de Paty.

—A mí también me gusta caminar sola la ciudad, pero siempre es peligroso.

Índice

I. Ultraviolado amor	9
II. Castigo	25
III. Pureza	43
IV. La carne	61
V. La piel	77
VI. La ciudad	89

Parte esencial del proyecto editorial de la revista **grafógrafxs** —a un año de comenzar— es el lanzamiento de los escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante más de 30 sesiones ha sido compartido, discutido y editado en la Sala Ignacio Manuel Altamirano del edificio central de Rectoría de nuestra universidad. Cada jueves y sábado esta sala alberga a una comunidad universitaria nutrida, que hasta marzo de 2020 superó la asistencia de más de 1000 personas entre estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos; ello refrenda el punto de partida de **grafógrafxs**: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios de este año y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de **grafógrafxs**, cuyos libros atraentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que **grafógrafxs** es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



Visita grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

La ciudad se camina de noche, de Daniela Albarrán, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels. (722) 277 3835 y 277 3836.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 2, núm. 3, de *grafógrafxs*, julio-septiembre de 2020.

PRÓXIMOS TÍTULOS:

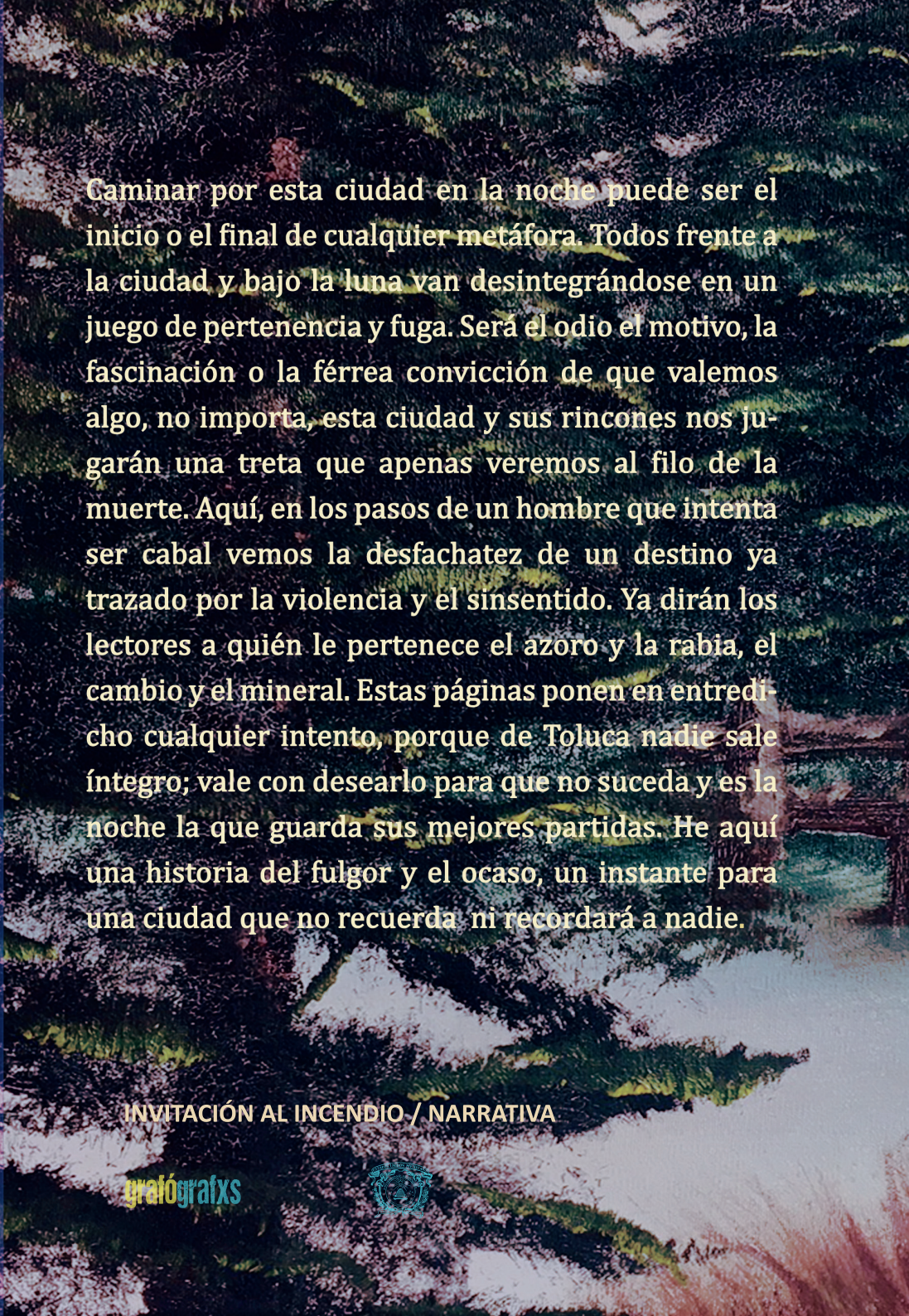
Villada 436
Claudia Fernández

La escuela
Daniela Albarrán

Profetas
Demian Marín

(Una banda de punk llamada) Rattus
Andrés Paniagua

Juchitán tiembla
Efraín Velasco



Caminar por esta ciudad en la noche puede ser el inicio o el final de cualquier metáfora. Todos frente a la ciudad y bajo la luna van desintegrándose en un juego de pertenencia y fuga. Será el odio el motivo, la fascinación o la férrea convicción de que valemos algo, no importa, esta ciudad y sus rincones nos jugarán una treta que apenas veremos al filo de la muerte. Aquí, en los pasos de un hombre que intenta ser cabal vemos la desfachatez de un destino ya trazado por la violencia y el sinsentido. Ya dirán los lectores a quién le pertenece el azoro y la rabia, el cambio y el mineral. Estas páginas ponen en entredicho cualquier intento, porque de Toluca nadie sale íntegro; vale con desearlo para que no suceda y es la noche la que guarda sus mejores partidas. He aquí una historia del fulgor y el ocaso, un instante para una ciudad que no recuerda ni recordará a nadie.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

gratígrafxs

